



Mañana nos vemos

César Meneses j.

MUSEO
Casa de la Memoria



Alcaldía de Medellín
Oficina de
Ciencia, Tecnología e Innovación

Mañana nos vemos
© César Meneses j.

Fondo Editorial
Museo Casa de la Memoria
Distrito Especial de Ciencia, Tecnología
e Innovación de Medellín

Obra ganadora de la Convocatoria
de Estímulos del Museo Casa de la
Memoria, 2025.

Alcalde de Medellín:
Federico Gutiérrez Zuluaga

Dirección:
Luis Eduardo Vieco Maya

Coordinación editorial:
Juan Fernando Jaramillo Montoya

Edición de textos:
Daniela Perrone Martínez
Juan Fernando Jaramillo Montoya

Fotografías:
César Meneses j.

Diseño y diagramación:
Daniel Cano Jaramillo

Profesional en planeación:
Carlos Ignacio Bernal Yong

Primera edición: Noviembre, 2025
ISBN: 978-628-96735-9-3

© de la presente edición:
Museo Casa de la Memoria

Calle 51 # 36-66, parque Bicentenario
Medellín, Colombia
Teléfono: (604) 520 20 20
www.museocasadelamemoria.gov.co

Queda prohibida la reproducción total o fragmentaria de su contenido sin autorización escrita del Museo Casa de la Memoria. Así mismo, se encuentra prohibida la utilización de las características de una publicación que puedan crear confusión. El Distrito de Medellín dispone de marcas registradas, algunas de estas citadas en la presente publicación, las cuales cuentan con la debida protección legal.

Toda publicación con sello Alcaldía de Medellín es de distribución gratuita.

Los relatos, testimonios, reflexiones y datos que conforman este libro pertenecen a la voz del autor. Cada aporte expresa su experiencia y mirada personal, y no debe entenderse necesariamente como una declaración oficial del Museo Casa de la Memoria. Esta obra busca dar lugar a la pluralidad de perspectivas que enriquecen la construcción de memoria.



Mañana nos vemos

César Meneses j.

Mañana nos vemos

César Meneses j.

Allí,
en aquel mundo que abría su grieta entre la bruma
yo vi manar el agua hirviendo de la tierra,
la adormidera que se cerraba dócil a mi tacto,
la luciérnaga, metáfora del tiempo.
Allí estabas tú, temblando, aún sin palabras.

Piedad Bonnett.
De Las tretas del débil.

Para Naty, ese día en esa cocina.



1

Pilar encendió el fuego de la hornilla y puso aceite en el sartén de hierro que una vez Manuel le regaló. Antes había cortado en julianas una zanahoria y un diente de ajo que lanzó al sartén cuando este estuvo caliente. Manuel estaba sentado en la mesa hojeando una revista de ventas por catálogo que Pilar compartía a veces con sus clientas, para conseguir un poco más de dinero; había ayudado a picar un tallo de apio y un pimentón, algo de calabacín amarillo, una cebolla morada y media berenjena que Pilar antes deshidrató con sal. Están baratos los perfumes este mes, dijo, pero ella no prestó atención. Había puesto en un plato hondo una pechuga de pollo que cortó en cubos; puso también un pocillo de salsa de soya, un chorrito de vinagre, pimentón molido, un poco de sal y pimienta, además de una cucharada de fécula de maíz que disolvió en agua. Lo mezcló todo con el pollo y lo dejó descansar mientras salteaba los otros vegetales, a los que también condimentó con jengibre, soya, pimienta, curry y pimentón.

—Me dijo Juan Carlos que la empresa va a contratar a más de 300 trabajadores. Van a construir dos edificios de oficinas nuevos en la subestación. Voy a meter la hoja de vida como electricista, puede que por ahí resulte.

Pilar miraba los vegetales y asintió con la cabeza.

—Mándala —dijo, y sacó el contenido del sartén en un plato, puso más aceite y luego puso el pollo.

—Parece que no te importa. Es una buena oportunidad.

—A mí sí me importa —respondió ella—. Pero eso se parece mucho a todos los sueños tuyos y ya estoy muy cansada de soñar.

Manuel se quedó mirando el humo que salía del sartén y aspiró el olor que se había apoderado de la cocina. En silencio recogió la tabla y el cuchillo sucios y los lavó en la poceta, para después llevar a la basura las cáscaras de los vegetales. Pilar, por su parte, destapó el arroz blanco que se terminó de secar en otra de las parrillas del fogón y apagó el fuego; puso de nuevo los vegetales con el pollo y salteó hasta que se integraron; apagó la hornilla y sirvió dos platos de arroz con los vegetales.

—No quiero que pienses que no me importa que quieras trabajar en esa empresa —dijo Pilar mientras comía. Lo que pienso es que llevas más de tres años esperando un trabajo en un lugar de donde te echaron como a un perro, sin hacer nada por conseguir otro empleo; no más estás allá sentado con esos hombres, tomando tinto en la mañana y mamando cerveza y ron por la tarde, sin oficio, y luego te apareces con dinero para el diario, Manuel, como si fuéramos armadillos que consiguen la comida para el día y ya, todo tranquilo, si no es que me mandas donde el Fabio ese a pedir fiado como si fuera limosna.

Manuel sabía que ella tenía razón. Hacía tres años la compañía que explota el 70% del oro del río había terminado el contrato con la cooperativa que lo empleaba a él como auxiliar de electricista, y aunque la nueva contratista se comprometió a ubicar de nuevo a esos trabajadores, no lo llamaron y tampoco le dieron una razón, solo que estuviera atento a una nueva convocatoria. Pilar sabía bien que fue por su edad, pues un hombre de 49 años para los patrones ya es viejo y nadie le da un trabajo formal así porque sí. Aun así, Manuel nunca dejó de trabajar en lo que fuera, y en eso pensaba mientras comía y veía cómo Pilar hablaba y hablaba, sin escucharla, separando a veces palabras como

restaurante, Wendy, camiones, energía, hasta que retornó a la realidad como un perdido, justo antes de que ella dijera que el grupo de buscadoras iba a hacer una reunión en la alcaldía y que necesitaba que trabajara al otro día en el restaurante, que Wendy sabía el menú y que casi todo quedó adelantado, que solo tenía que atender las mesas y llevar domicilios.

—Pues claro —dijo Manuel.

—Nada más te digo que no quiero que lleves al tal Enrique ese a comer gratis, que a nosotros ese negocio nos cuesta.

—Pilar, por Dios, un plato de comida no se le niega a nadie, además ese man ha sido un buen amigo.

—Mira Manuel; yo no sé qué es lo que tú crees que es la amistad, pero no es estar llenando de embustes a la gente para comer y beber gratis. Ese tal médico no ha curado a nadie en su vida.

—Es doctor, Pilar —replicó él.

—Eso yo lo sé, pero no cura ni una gripa.

—Tranquila. Yo voy mañana al restaurante y no regalo nada.

Los dos sabían que era falso. Manuel alimentaba a su amigo Enrique Escobar cada que podía, no solo porque era su amigo, sino porque confiaba en que un día sería un gran poeta y cuando terminara su poemario, del que le había dedicado varios versos, le iban a llover ofertas de editoriales ansiosas por publicarlo. Pilar, en cambio, creía que era un vividor que, teniendo el privilegio de la educación y de una carrera profesional, decidió irse a ese pueblo lejos a que lo mantuvieran, a que Manuel le consiguiera las tres comidas y a emborracharse con los fiados de la tienda, mientras jugaba ajedrez con la partida de ignorantes que lo seguían y le escuchaban su cantaleta izquierdista e intelectual, por la que nadie le pagaba un peso.

—Y otra cosa —continuó ella—, ahora no te vayas a pasar el día entero mirándole el culo a Wendy, que me da pena con mi amiga.

—Pilar, por Dios, ¿quién te dijo a ti que yo soy un viejo verde? Yo tengo

mi mujer y con ella me conformo.

—Ay, Manuel Merino, precisamente porque sé el marido que tengo y porque conozco a los hombres de este pueblo es que te digo que no te pases el día entero viéndole el culo a mi amiga Wendy. ¿O es que ya te olvidaste de la mujer esa con la que te revolcaste? —Manuel la miró con un gesto de indignación y agachó la cabeza.

—¿Otra vez con eso, Pilar? Ya han pasado años desde eso y no vas a entender que no fue cierto. ¡Yo no me revolqué con nadie!

Pilar no respondió. Se había levantado de la mesa para lavar los platos y miraba por una pequeña ventana que había sobre el lavaplatos; en realidad estaba pensando en la mujer esa a la que solo vio una vez, pero a la que no olvidó ni perdonó jamás, y en su hijo, de quien no sabía ni una palabra hacía tres años, ocho meses y nueve días según sus cálculos, y a quien dedicaba la mayoría de sus pensamientos y energías diarias, sus esfuerzos y todas sus esperanzas.

—¿Habrás comido ya? —preguntó mirando a Manuel que había corrido una silla hasta la puerta del patio y encendía un cigarrillo.

—Yo creo que sí —respondió—. Si a las ocho de la noche no ha comido se le daña el genio y todo mundo está en peligro.

Los dos se rieron.

—Ese muchacho con hambre es cosa seria.

—En la reunión de mañana va a estar una mujer que viene de Medellín, como que muy importante —dijo ella—. Nos van a explicar bien el proceso del ADN para encontrar a Rubén y a los otros.

—Yo no creo que Rubén esté muerto —dijo él.

—De todas formas, hay que hacer lo que sea para encontrarlo.

—Yo más bien creo que a él lo obligaron a meterse con los unos o con los otros —continuó Manuel que había encendido un nuevo cigarrillo—. Es

que no me cabe en la cabeza que tengan que matar a un pelao' de 14 años, por qué razón. Esa gente lo que necesita son hombres para esos negocios y por eso se los llevaron.

—Yo no sé. Lo único que tengo claro es que la vida mía se la llevaron también, Manuel. En estos años no he podido sentirme tranquila, esperando a que alguien llegue a decirme que lo encontraron, o que lo vieron en Medellín, o que hay una calavera que podría ser él. Manuel... yo creo que la que se murió en realidad fui yo.

—Pilar, ¿a ti no te parece que es mejor cambiar ese tema? Siempre que Rubén se aparece por acá terminamos mal; por eso ni siquiera hablamos o podemos comer tranquilos.

—¿No lo extrañas? —preguntó ella.

—Claro que sí. Pero creo que ya tenemos que dejar eso así, que pasaron más de tres años, que estoy seguro de que se olvidó de nosotros.

—¡Él no se olvidaría de nosotros! —dijo tajante Pilar. Había dejado de lavar los platos, pero seguía dándole la espalda a Manuel, mirando por la ventana como si buscara algo.

Rubén Francisco tenía catorce años el día que se lo llevaron; había ido a cazar iguanas con un amigo del colegio cuando los montaron en unas motos de los unos, según dijo alguien que los vio, pero otras personas dijeron que no, que fueron los otros quienes se los llevaron, en una camioneta carevaca blanca que por esa época se veía con esa gente rondando por el pueblo. Pilar y Manuel lo buscaron en todas partes: en la morgue, en las laderas del río; hablaron con los unos y con los otros, pero nadie les dio razón. Alguien de los unos les dijo que se les había advertido que si los veían cazando iguanas y animales por ahí los iban a levantar, pero que no habían sido ellos; los otros dijeron que no los tenían, pero al que vieran rondando propiedad privada lo levantaban sin preguntar nada. Y así se fueron los días, y los meses, y después los años. Y si bien el dolor terrible con el que comenzaron a buscar, —uno que se depositaba en los huesos y en el estómago, que pesaba en la espalda y se veía en los ojos que no se podían cerrar por la noche, y que, cuando

se cerraban, se volvían sueño, pesadilla— parecía acrecentarse con los días, se fue apaciguando sin irse, dando aire para que la vida siguiera, aunque con un clavo punzando el corazón cada vez que respiraban.

La búsqueda de Pilar se prolongó incluso en los ojos de las personas con las que hablaba. Hurgaba dentro de la gente, entre sus palabras, como si cualquier camionero que llegaba al restaurante pudiera haberlo visto en otro pueblo o en otra ciudad, caminando por ahí en cualquier carretera como un migrante, empujando un carrito de mercado lleno de cachivaches o pidiendo aventones a camiones que lo dejaban parado como si no existiera. Su obsesión por encontrarlo se trasladó incluso a su sueño y a los niveles de su inconsciencia, por lo que creía verlo pasar en un carro en la silla del copiloto, o lo soñaba recurrentemente como si no se hubiera perdido, como si le estuviera diciendo dónde estaba; como la vez aquella en que le dijo «mamá, búsqume en Riosucio que me voy pal carnaval», y ella armó viaje, imprimió carteles, estampó camisetas y se llevó a Manuel a un viaje de diez horas, para preguntar en todas las tiendas, mercados, iglesias, hospitales y cuanto sitio se le ocurrió en Riosucio. Solo empapeló ese pueblo y se volvió enojada con Manuel y recostada en su pecho, a veces dormida y a veces llorando.

Pobrecita mi amor, pensaba Manuel siempre que volvían de cualquier travesía de búsqueda, solos o con las mujeres buscadoras que también soñaban con sus hijos, sus maridos, sus hermanas, sus amigas que se les iban de las manos apenas despertaban, como el humo o el vapor de agua cuando deja de llover y quiere ser nube otra vez. ¡Qué pecao' mi amor! Le decía haciéndola dormir, tocándole la cabeza y la espalda y borrándole las lágrimas; duérmase mi amor, no llore más que se va a enfermar, lo vamos a encontrar, le decía, como si él supiera, a pesar de que el corazón también lo mantenía triste, en una soledad cansina y agotada por preguntarse y no saber, por querer tocarle la cabeza a su niño que pescaba mejor que él, que jugaba fútbol como el Pibe, que cantaba, y por no poder ni siquiera acordarse de lo que sentía en la palma de la mano cuando le tocaba el pelo, o del ruidito tierno que le quedaba en las orejas cuando lo oía cantando las canciones de Rubén Blades que él juró no escuchar más hasta que su niño apareciera. Mas no aparecía, y a Manuel se le estaba borrando la imagen del adolescente que

se le perdió, y le daba miedo no poder reconocerlo cuando se le apareciera por la tienda de Fabio preguntando por él y por su mamá, o cuando saliera en televisión buscando a su familia después de tantos años perdido en la gran ciudad sin saber cómo volver.

Esa noche Pilar durmió sin cobija porque tenía calor, tomada de la mano de Manuel, que se quedó dormido pensando en un poema que le leyó Enrique. Dormir así, aferrada a él, con un aire de ternura, le hacía sentir que nadie se lo iba a llevar mientras ella dormía, y que al salir de los sueños pesados y dolorosos en los que su hijo le cantaba y la voz se iba apagando, o en los que él se acercaba y no la conocía, podría pensar que tal vez no todo era tan terrible como pensaba y que podía seguir buscando y viviendo.

—¿Si nos piden sangre para buscarlo darías un poquito? —preguntó Pilar.

—Claro, mi amor —dijo él y le apretó la mano.

El cuarto estaba oscuro y en verdad hacía calor. El ruido del abanico se confundía con el de las motos que aún pasaban y con el rumor de las chicharras que se apoderaban de las noches como cantares distantes, como recuerdos, como voces lejanas de lenguas antiguas.



Manuel estaba esperando que parara de llover mientras veía a Enrique y a Alejandro jugando una partida que, evidentemente, ganaría Enrique. Cualquiera que lo viera jugar reconocía que era el mejor jugador de ajedrez que había en el pueblo, mas lo hacía solo por placer, de ahí que se molestara tanto si alguien lo llamaba inteligente: «inteligente para el ajedrez», decía burlándose del adulator, lo que generalmente estaba acompañado de una serie de chistes o historias sobre el juego y sobre las veces en las que estuvo a punto de ganar un torneo de jóvenes o de principiantes, pero siempre quedó de subcampeón o de finalista, de lo que se burlaba diciendo que siempre fue virreina o primera princesa.

Llegó al pueblo en los años 90, cansado de pelear para que su familia entendiera que uno puede vivir tranquilo con poco, que la medicina no tiene que servir para volverse rico y andar entre el lujo, que al contrario, era un oficio humilde y que buscaba cuidar con amor de los otros; nunca lo entendieron, así que empacó sus cosas en una maleta, lo que le cupo, algunos libros y debajo del brazo el tablero con el que todavía jugaba y se fue a la terminal de transporte y compró un pasaje para el primer pueblo que hubiera, por lo que fue a parar al pueblo de Manuel, ya que era la primera taquilla que uno se encontraba en el pasillo.

Desde que se hizo amigo de Manuel Merino se sintió en el lugar correcto. Él lo recibió y lo trató como un igual, incluso cuando se dio cuenta de que era médico de profesión y que lo dejó para aprender historia, leer libros y jugar ajedrez sin que nadie lo jodiera. Su amistad le dio ganas de curar de otra forma, en la tienda de Fabio, recetando para una gripa, un dolor de cabeza o una gastritis, como intercambio por un almuerzo o por pescado, y así se le iba la vida, entre jugar, tomar ron, recetar a la gente y enseñarles historia y geografía a los niños que se le acercaban en grupos para que les dijera por qué el cielo era azul, qué es un meridiano, a cuánto equivale una milla náutica, qué es Dios y cosas de esas que a Fabio el tendero y a Pilar la mujer de Manuel les parecían tonterías de vago, pero que a Manuel y a los demás amigos se les hacían de una sabiduría profunda y potente en un pueblo perdido al que solo había llegado la violencia. Juan Carlos, por ejemplo, en muchas conversaciones había preguntado cosas tan simples como por qué él no sentía en el cuerpo el movimiento de la tierra si era cierto que giraba a grandes velocidades, o que si era redonda por qué cuando él era pescador en el mar de su natal Puerto Cabello, la veía plana hacia el horizonte infinito, para lo que Kike tenía chistes o historias de alguna mujer filósofa que hizo experimentos en barcos o mirando el movimiento de los astros.

Pero no todo era bonito, como pensaba Manuel viéndolo jugar y reírse a carcajadas de los errores de su adversario o con chistes inteligentes que desternillaban de la risa a Alejandro. Cuando llegó al pueblo también se trajo un vacío que le dejó su mamá cuando se murió de un cáncer que nadie pudo curarle, que lo hizo dudar de sus conocimientos y lo dejó completamente solo. Él había decidido pasar el resto de su vida con ella, en una amistad solitaria que compartían, o una soledad asistida, como le gustaba decir, pero que ella rompió muriéndose, cumpliendo ese trámite natural de la burocracia que es la vida. Enrique se fue abstrayendo y se alejó de a poco de sus hermanos, otros médicos que tampoco pudieron hacer nada por su mamá, que siguieron la vida con sus familias y creyeron que él también iba a poder hacerlo, mas él no pudo solo y le encontró más gusto al ron que al hospital en el que trabajaba, más al ajedrez que al trabajo, y se encerró en sí mismo.

Eso lo sabía Manuel porque él se lo contó una vez borrachos a más no poder en una mesa de la tienda de Fabio; esa fue la misma borrachera en que le contó que el día en que se murió su mamá el sol estaba brillando y que, al otro día, después de enterrarla en Jardines Montesacro, el cielo estaba azul, sin una sola nube, como una esfera, lo que él interpretó como un mensaje de la tierra que le quería decir que todo es fluir, que todo pasa y el mundo sigue, que la muerte no es el fin de la vida, que solo es una parte fundamental de ese proceso que fluye y sigue fluyendo como ese río que tenían ahí cerca. ¿Pero quién puede entender eso así de fácil? Nadie, menos él; por eso empacó y se fue, dejando de lado a la partida de burgueses y burócratas que eran sus hermanos y leyó cuanto libro se le atravesó, cuanta revista llegó a sus manos, para ser un tipo completamente diferente a ellos.

A pesar del soleado día después del entierro, hace más de 30 años, comenzó a escribir la carta de suicidio más compleja, si es que hay complejidad en esas cartas. Una que explicara los días y los transes de una vida sin ella o sin la soledad que el uno le asistía al otro; una carta que diera fe del vacío que es la vida, del absurdo, de la fatalidad de una vida repetida, cíclica, que comienza lunes y se acaba domingo; que recomienza el primero de enero y se va dando golpes entre vómito y hambre hasta diciembre. Entonces el poemario, ese que Manuel esperaba que lo hiciera famoso con las editoriales, no era más que páginas y páginas de esa misma carta, esa carta triste que, a fin de cuentas, era el escrito que daba fe de su paso por la historia, sin la pretensión de que cayera en manos de un editor o acumulara polvo en el anaquel de una librería de un país que ya no lee poesía.

Manuel entonces lo vio ganarle a Alejandro y se quedó con ellos un rato, oyendo a Fabio decirles que cerraba en una hora, a Alejandro exponiendo las maravillas del culo de Wendy, la mujer de Juan Carlos, que era hermosa, con ese pelo rizado, pero el tendero gruñía con desdén porque le chocaban esos venezolanos que vinieron a quedarse con todo, con el trabajo, a dañar la cultura. Y todos se reían de Enrique diciéndoles «cazadores», «pervertidos», danos otro ron, Fabio, que el viernes te pago, ¡No! Partida de vagos, ya no les fio más, decía, y les servía más, y Manuel preocupado porque no paraba de llover y Pilar debía estar enroscada de la ira y más se reían; la hora se alargó

tanto que era casi medianoche cuando el tendero furioso les apagó la música y mandó a su hijo que trabajaba con él a que guardara el tablero para que no se perdiera; esos tres borrachos lo dejaban tirado en cualquier parte. ¡Se van de aquí! Partida de degenerados, les decía, mientras los tres se caían o se agarraban de algo para no caerse. Por culpa de ustedes los unos o los otros un día me van a acusar de alcahuete, y ahí se van a quedar sin el que les fía la borrachera.

—¡Cuál! —decía Enrique ya lejos de las orejas de Fabio—. Ese lo que es, es un godo el hijueputa. Un día le voy a cantar las que le tengo por racista, por decir las cosas que dice de Juan Carlos y Wendy, que no le hacen mal a nadie.

Y era cierto. Los ataques y burlas de Fabio eran feroces e injustificados. Veneca de mierda, decía, seguro ha sido puta, gruñía, mientras Enrique desde la mesa le decía ¡fascista hijueputa!, ¡xenófobo!, ¡burócrata! Ay, doctor, no confíe en esa gente que vino a quedarse, a llevarse todo, a instaurar la dictadura de Chávez, páreme bolas. Y Enrique se enfurecía tanto que en varias oportunidades estuvo a punto de irsele encima y agarrarlo por entre las rejas que los separaban; se contenía y le decía burlas que él no entendía, como que el que le dio su puta nacionalidad de colombiano libre y perfecto era un venezolano, o que el lago de Maracaibo era más pequeño que las tonterías que decía, ¡facho! ¡burócrata!

Manuel no se iba tranquilo hasta que veía que su amigo Enrique entraba a la pieza en que vivía, un garaje con una cama y llena de libros viejos y húmedos, que eran más comida de bichos y de hongos que una biblioteca, y que él esperaba un día limpiarlos y ordenarlos para que no se perdieran. —Un día termino la carta —les dijo para despedirse. —¿Qué es eso? —preguntó Alejandro y siguieron andando como si no pasara nada. Manuel sabía qué significaba y el miedo que eso le daba, el terror que sentía al pensar que pudiera perder a otro amigo como perdió a Rubencho, su amigo más orgánico, el que él mismo hizo con puro amor, con la mujer que más había querido en la vida.

Cuando por fin llegó a la casa, Pilar estaba furiosa lavando platos y arreglando la cocina. Él la abrazó por detrás y sintió el frío de ese cuerpo que hacía años no sentía como en el tiempo en que más la quiso.

—Es como si tuvieras muchas cosas por celebrar, Manuel —le dijo y se soltó con un gesto de molestia.

—Yo no estoy celebrando, Pilar Cano, yo no celebro. Lo que pasa es que tú lo buscas en cuanto pueblo y cuanta cosa, y lo quieres sacar de fosas y güevonadas de esas, pero Pilar, yo me lo quiero es sacar de aquí —dijo dándose golpecitos en el pecho—, de aquí, Pilar, de aquí, de esta puta fosa común que tengo aquí metida.

—Wendy me llamó para decirme que está enferma —dijo Pilar mirando a Manuel por el reflejo de la ventana del lavaplatos. Él estaba distraído pensando en una conversación que tuvo con Juan Carlos mientras arreglaban un trasmallo, en la que les dijo a él y a Enrique, quien estaba recostado en un árbol bajo la sombra, que lo que más extrañaba de Venezuela, además de su familia, era el mar. Manuel solo había visto el mar una vez, hacía ya años, cuando era novio de Pilar y fueron en una excursión a Coveñas, pero la experiencia física del mar, del agua salada, se le había borrado, por lo que no tenía en su cabeza una manera clara de comprender la añoranza del amigo.

—Dice que es como un virus —continuó Pilar—, y que se quiere quedar en la cama unos días. Me dieron el número de una señora que la puede reemplazar y que cocina muy bien. ¡Ah! Manuel, ya creo que di con la receta de torta de plátano que me dijiste que querías la otra vez, ¿te acuerdas? Es fácil: se hace puré de cuatro plátanos maduros, grandes, y se agregan dos huevos y un pocillo pequeño de harina de trigo; después se le agrega a esa mezcla una cucharada pequeña de bicarbonato y se incorpora. ¿Me estás escuchando?

Manuel seguía pensando en Juan Carlos y en el mar, impresionado por

la palabra «inmensidad», que si era fuerte cuando se habla del río, al tratarse del mar era impresionante. —Sí, claro—dijo—. Hace rato quiero una torta de plátano, caliente, con un vaso de leche.

—Mira —siguió ella—, a esa mezcla, según Wendy, se le adiciona una barra de bocadillo y 500 gramos de queso, ojalá que no sea tan salado, todo en cubos. Ya se montan en una budinera y al horno, o en un sartén y se pone en la hornilla a fuego muy lento. Mañana la voy a intentar en el restaurante a ver si se vende y te traigo la prueba.

—Claro, sí —respondió él, que no escuchó bien lo último. Justo en ese momento se acordó de que Juan Carlos les dijo que el día que se vinieron había ido en la mañana a la playa para llenar una bolsa con pequeñas conchas, pedacitos de coral y arena para traerse; no concebía la idea de una vida sin esa tierra en la que su mamá le enseñó a nadar y a pescar, es decir, a vivir, porque su vida estaba resumida en esas dos actividades a las que le sumó el querer a Wendy como solo quiso a su mamá, de una manera diferente.

Decidieron salir cuando la crisis llegó a su peor momento; cuando el mundo entero, o casi todo, les cerró las puertas comerciales y humanitarias siguiendo la orden de los amos del norte, por lo que las playas más hermosas de la galaxia entera, como creía Juan Carlos, se quedaron deshabitadas y el trabajo con turistas o con el pescado desapareció casi por completo; así, el hambre llegó para quedarse a vivir en el paraíso. El bus en el que salieron de Puerto Cabello era una lata de sardinas hirviendo, que por poco y no llega hasta el puente internacional de Cúcuta, rogando por gasolina en cada pueblo al que llegaban, irónicamente en un país rico en combustible.

Wendy viajó cansada y enferma, sintiendo el camino en el cuerpo, como una golpiza, sin quejarse, hasta que llegaron al puente internacional y pudo vomitar todo lo que tenía en el estómago, por el mareo del viaje y por un virus parecido, tal vez, al que ahora le estaba impidiendo ir a trabajar. La única tranquilidad que ella llevaba era un computador bueno que su papá le regaló cuando terminó su escuela de enfermería, y estaba convencida de que cuando se les acabara el dinero que Juan Carlos juntó pescando, podían venderlo o empeñarlo; no fue eso lo que pensó el soldado del glorioso ejército nacio-

nal de Colombia que se los decomisó con la excusa de que se los devolvería cuando regresaran, si era cierto que solo iban a Cúcuta a hacer mercado y a comprar medicamentos.

Wendy y Juan Carlos no se imaginaban que ese era el primer despojo de los muchos que iban a sufrir en Colombia, un país de puertas abiertas y amistoso con extranjeros ricos, pero quisquilloso y racista con los venezolanos pobres que se lanzaron al viaje a pie por carreteras hostiles, empujando sus vidas y sus cosas en cochecitos que ni ellos mismos supieron de dónde sacaron; que se unieron a un grupo que caminaba hacia Cartagena, a buscar allá, donde les dijeron que el trabajo era bueno, así que el viaje, duro como las piedras de la muralla, lo hicieron llenos de una esperanza que solo ellos se explicarían.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Pilar cuando se sentó con él en la mesa y le entregó una aromática de miel con jengibre, naranja, cúrcuma y canela que ella se hacía en los días de su periodo, por los dolores, y para prevenir ese virus que estaba dando.

—En nada. En viajes. Ella hizo un gesto de que no le importaba y se entretuvo buscando semillas de naranja en el fondo del pocillo. Él se siguió acordando de que Juan Carlos dijo que en el viaje hacia Cartagena tuvo que soportar que en cada pueblo le ofrecieran trabajo a Wendy en bares y puteaderos, como si una mujer, por ser bonita y migrante, no hallara otro lugar dónde quedarse más que ahí. Se acordó, además, que les contó que ya en Cartagena se hizo consciente de que había cargado el hambre de Puerto Cabello, y que ahora eran hambreados y pobres en una ciudad extraña y con un mar distinto, llena de gente que los miraba como a criminales y que les estaba recordando contantemente que eran venezolanos, y que eso era igual que ser sospechosos, o peor aún, culpables de haber nacido allá, que era el lugar peor que acá, porque alguien en algún trono lo dijo el día en que no lo dejaron saquear y llevarse todo lo que era de esa gente digna que tuvo la osadía de decir «no».

—Me voy a dormir —dijo Pilar. Y Manuel se fue al cuarto con ella. Entraron a la habitación de Rubén Francisco, hicieron la oración que, sobre todo

ella, hacían antes de acostarse y se lavaron los dientes sin hablarse.

—Ojalá sea bien despierta la señora —dijo ella, ya acostados. Siempre se cogían la mano para dormir a pesar de las distancias que fueron creciendo entre ellos con los años, una costumbre de viejos que ya no era necesario cancelar y que sentían necesaria incluso para conciliar el sueño.

—Ojalá —contestó Manuel—, Juan Carlos también está enfermo. Es una virosis. Enrique les dio un menjurje, ojalá se lo tomen.

—Ojalá —respondió Pilar—. Descansa.

—Descansa —susurró él, que ya se estaba imaginando a Juan Carlos y a Wendy parados afuera de un lavadero de carros pidiendo trabajo, o en la puerta de un almacén de chatarra cuando los echaron del lavadero, o en un supermercado, en una carnicería, en una panadería, en un café, en la playa, donde fuera. Siempre con un salario que no alcanzaba al mínimo porque no tenían permiso de permanencia y les estamos haciendo un favor, mamahuevos, les decían, los panas, los vales, los venecos, los de maduro, los Chávez, no sé qué más. Y entonces otra vez el carrito de mercado porque se agotó ahí la vida; salieron para Montería donde les dijeron que había trabajo para enfermeras, y se hicieron la ilusión de que una casita con un perro, las tres comidas, un televisor para las series, pero nada, vale, nada de eso, la misma cosa: mototaxi, pescador, domicilios, barrendero, que Maduro los cagó, que Chávez les robó el petróleo, que devuélvanse para su país, que no se roben el trabajo, que no hablen así, que lo uno, que lo otro.

Se acordó Manuel de que Juan Carlos le dijo que siempre estaba avergonzado con Wendy por la vida que le estaba dando; que ella parecía contenta de estar con él. Que por eso él seguía luchando y que por las noches se dormían tranquilos. Manuel siguió pensando en la bolsita de corales, conchas y arena de Puerto Cabello, en traerse la tierra de uno, en querer volver un día. Pilar le apretaba la mano y parecía estar soñando, ojalá bonito, quiso él, ojalá bonito, pensó, y cerró los ojos.



La búsqueda de Pilar comenzó como la de todas las mujeres que buscan en Colombia: en una soledad abrumadora y dolorosa, a pesar de que ahí estaba Manuel, a veces como un fantasma y otras como una presencia potente, difícil de ignorar; ese dolor era solitario y devastador como una avalancha, como una creciente del río, incontenible, dañina, por dentro, muy adentro donde solo ella lo comprendía en la magnitud de su daño. El primer golpe en el pecho lo recordaba preciso: se los llevaron en unas motos, ¡quiénes!, ¡quién sabe! ¡sabrá Dios! Dos motos de esas grandes que ellos usan, pero quiénes no se sabe, ellos, los de siempre o los de ahora, los unos o los otros; y la punzada fue directa en el esternón, como un cólico, ¡dónde está Manuel! ¡Llámenme a Manuel que se nos llevaron al niño, se lo robaron! Entonces corrió a la inspección de policía y su marido ya estaba allá golpeando la reja como un loco, ¡que me digan dónde está, hijueputas, o quemó esto! ¡No nos amenace, señor, que este es un recinto de la ley! Eso fue que el muchacho se escapó, que está por ahí borracho con una novia o quién sabe haciendo qué fechorías; en este pueblo no se pierde nadie así como así, este pueblo es sano, les decía el inspector; tráiganle una aromática a la doña y un algodoncito con alcohol para que no se desmaye otra vez, señora por Dios, ¡quién le va a hacer ese mal! El muchacho debe andar por ahí con amigos, esperemos las 72 horas de la ley para buscarlo.

Pero usted no entiende, decía ella, fueron motos, los montaron, hágame el denuncia y ayúdeme, suelte a Manuel que es un padre, está asustado como yo, dígame que no le hagan daño. Pero no, qué iban a hacer más que esperar 72 horas en las que podían llevárselos quién sabe a dónde, hasta la china les daba tiempo si querían.

El dolor en el pecho, ese hoyo profundo que se le abrió, como si con una piedra a sangre fría le escarbaran la piel, los tendones, los nervios y le partieran los huesos. Pobrecita mi amor, dijo Manuel ya en la noche en la casa, cuando ella dejó de llorar duro, como sacándose la piedra esa que le dejaron adentro, y parecía que se quedaba dormida, pero nada, era el cuerpo que ya no la dejaba llorar más por un rato; pobrecita mi amor, ojalá que esté tranquilo, que no se asuste, que tenga un abanico para el calor y la sopita, y ella empezaba de nuevo a llorar, sola, porque era sola que se sentía, como nunca antes se había sentido.

Los días siguientes fueron horribles. De la personería los mandaban a la fiscalía, de la fiscalía a la secretaría de gobierno; en todas partes les dijeron que se había ido de putas, palabras más, palabras menos. Entonces pensó que la vida o Dios les estaba cobrando la aventura amorosa de Manuel con esa mujer que mejor ni decir el nombre; también pensó que era su culpa, no debió darle tanta libertad a ese cagón de catorce años, ¡mala madre! Se dijo muchas veces, y los días pasaban lentos e insípidos, el restaurante cayéndose. Sin embargo, una vez en misa vio a la señora Aurora, la mamá del otro chico que se llevaron con Rubén y le encontró un dolor idéntico al suyo en la mirada; fue esa la primera vez que supo que no estaba sola.

—Me estoy muriendo, doña Pilar —le dijo—. Yo no me explico cómo Dios me puso esta prueba tan dura si yo he sido buena madre, una madre entregada y temerosa de Dios. A mí me partieron el alma, me la dejaron en jirones, y eso no se le hace a una madre que todo lo ha dejado por sus hijos. Pilar se vio a sí misma en esos ojos de pupilas dilatadas que la miraban, en los labios temblorosos, en la ansiedad de las manos, así que no pudo más que abrazarla y llorar con ella, con la certeza de que alguien en el mundo sabía con claridad lo que ella sentía, que no tenía que explicarlo.

—A mí lo que más me asusta, doña Aurora, es no saber si mi niño tiene hambre, o si hay una cobija para el frío o que me lo estén maltratando. Mire que Manuel y yo hemos ido a todas partes, hasta nos hemos arriesgado a buscar en las laderas del río, acompañados de los amigos de él que también saben pescar, arriesgándome a encontrar a mi muchacho vuelto nada, descompuesto y todo, pero es imposible.

Y así fue como juntas comenzaron a buscar, en una alianza implícita que solo las mujeres comprenden, porque hay un hilo, o mejor una costura, que las junta y las mantiene unidas en estas aventuras de buscar amando. Por eso hicieron carteles con los nombres y los rostros de los chicos, sin miedo a que las vieran o a que supieran sus nombres y sus rostros: Rubén Francisco Merino Cano de catorce años, pantalón verde, camiseta del Independiente Medellín, tenis grises; Jesús David Cadavid Cadavid, camisa blanca, sudadera verde, 16 años; fueron vistos por última vez el día tal a tal hora, en tal parte, haciendo tal cosa.

La gente del pueblo las miraba raro. Los unos y los otros les advertían que el que busca encuentra y los vecinos más cercanos se asustaron y hasta les negaron el saludo; ellas siguieron buscando juntas, y cuando se acabaron las paredes y los postes de luz de su pueblo se fueron a todos los pueblos del lado, donde se dieron cuenta de que no eran las únicas, que había otras madres buscando a Clara Inés García de 21 años, a Camilo Gómez de 39, a Emiliano Zuluaga de 56, a Jorge Sosa de 28, a Paola Jaramillo de 36, y otros y otras y más, por lo que las paredes ya estaban llenas de rostros y nombres que muchas madres no estaban dispuestas a permitir que el tiempo y el silencio de todos los borrara en la memoria.

—El camino de las buscadoras no es fácil —les dijo una madre que llevaba buscando a su hija por más de nueve años—. Es largo, pero hay que insistir y persistir, creer en que los vamos a encontrar.

Y ese persistir se convirtió para Pilar en un motor de su existencia; a medida que pasaron los días, los meses y después los años, fue recuperando una fuerza que ella no creyó que un día tuvo y que le permitió entender que buscar es arrancar la tierra, remover la piedra, sacar las placas tectónicas

si es necesario, remover el pantano y arrancarse las uñas por encontrar lo que a uno se le ha perdido, aunque eso les moleste a los poderosos y a los victimarios. Confirmó que no estaban solas cuando fue por primera vez a un encuentro de rostros amables y fuertes que la abrazaron como si la conocieran de antes, en un instinto que solo reconocen ellas en las dimensiones de su dolor y de su lucha.

Ella y la señora Aurora, su primera compañera, aprendieron que buscar a sus hijos y a los demás desaparecidos es una acción continuada que tendría que enseñarnos algo a todos en este país de atrocidades continuas, sobre todo a romper silencios que solo protegen a perpetradores y cómplices. Aprendieron sobre la necesidad de entender el país y el papel de esta práctica en la guerra, y se dieron cuenta de que detrás de cada amenaza y cada burla, que detrás de cada persona que borraba o arrancaba sus carteles, había un culpable muerto de miedo del poder que todas juntas podían ejercer.

—Yo no estoy buscando un esqueleto —le respondió una vez Pilar a Fabio, el tendero, que detrás de la reja de su negocio le dijo que solo iba a encontrar una calavera—. Yo lo que busco es la historia de mi hijo, el amor que nos dimos, todo eso. Si encuentro una osamenta, pues la entierro, con su misa y todo, y ya me puedo quedar tranquila porque sé que no tiene frío, que no tiene miedo, que no tiene hambre y que está abrigado.

También es verdad que el dolor nunca se fue, ni el de ella ni el de Aurora, como tampoco el de las otras mujeres. Se fue transformando en algo que ellas usaban, que sentían, que moldeaban en una rabia justificada que les daba ganas de seguir buscando, de juntarse, de abrigarse, de acompañarse en las eternas caminadas. Manuel la escuchaba y la acompañaba a todas partes. Si el niño en un sueño le decía que buscara en tal lugar, él iba con ella, o si en otro o en otro, hasta que empezó a añorar soñar también con él, para verlo una vez, aunque fuera. —Pobrecita mi amor —decía—, pobrecita. Debe estar cansada. Duerma que lo vamos a encontrar, y que nos cante, que nos traiga iguanas y chigüiros, y unas guartinajas para el caldo que hacían en mi casa; ya lo vamos a encontrar —decía Manuel tocándole la espalda, ayudándola a dormir.

—Oye, Fabio, ¿me vas a hacer el favor que te pedí anoche? —dijo Manuel recostado en la reja. Fabio, que permanecía dentro de la tienda, siempre detrás de esa reja de acero llena de letreros de gaseosas y frituras, de detergentes y otros productos, se demoró en pararse de la silla y acercarse. Afuera estaba Enrique, sentado en su mesa de siempre, leyendo un libro que, según él, fue encontrado sin terminar en el carro en el que se mató Albert Camus. Miraba la escena esperando la respuesta de Fabio con la actitud agresiva con la que siempre se disponía a enfrentar al tendero. A su lado estaba Juan Carlos que pasó a saludar mientras llevaba el mandado con las medicinas de Wendy, con un tapabocas puesto para no contagiar a nadie de lo que consideraba un virus estacional.

—¿Y para qué quieres tú esa plata, Manuel? —preguntó el tendero.

—¿A ti eso qué te importa?! —dijo Enrique desde su silla mientras Manuel le hacía gestos para que se calmara.

—Para pagar el agua, Fabio. Mira que no he trabajado en toda la semana y ya hoy jueves..., Pilar se me va a enroscar y ya sabes el problema que se me forma con esa mujer —. Enrique y Juan Carlos murmuraban y miraban a Fabio ansiosos y molestos.

—¡Ey, veneco! ¿No te dije que no vinieras a esta tienda? —le gritó Fabio a Juan Carlos, por lo que empezó la gritería cotidiana entre él y Enrique, quienes peleaban con la reja de por medio por un sinfín de razones, todos los días por motivos diferentes, mas, Enrique regresaba y Fabio lo recibía como si nada hubiera pasado. Sus diferencias eran abismales por razones políticas y raciales, como decía Enrique, a quien le era imposible contener su ira ante los insultos que el tendero le propinaba a Juan Carlos y a su mujer, o a todos los venezolanos que iban a su tienda. Es que vienen a quitarnos el trabajo, le decía cada vez que discutían, a imponer la dictadura de Maduro; esto aquí era muy sano hasta que ellos llegaron y trajeron tanta inseguridad y delincuencia. No señor, decía Enrique, lo que pasa es que eres un racista de mierda y te dices xenófobo, protector de lo nuestro, como si uno no viera cómo te brillan los ojos cuando empiezan a llegar ingenieros canadienses y gringos de la empresa a comprarte una gaseosa. Lo que tú odias no es a los venezolanos, es a los pobres, Fabio, porque estás ahí detrás de esa reja y no te das cuenta de que este pueblo y este país están como están es por el racismo y porque a los pobres y a los negros se les roban todo. No doctor, le decía el otro, aquí antes tuvimos buenos gobiernos que nos tuvieron en buen lugar, pero ahora dejaron entrar a todos estos y vea como nos tienen, y se iban así en discusiones eternas que terminaban en risas o en silencios que se rompían con las clases de ajedrez, que la defensa Petrof, que la apertura española o francesa, que el blanco captura peón con caballo en F3 tentando a las negras a jugar en espejo, que el gambito de dama, y risas y burlas en las que Enrique llamaba burócrata al tendero, pobre de derecha, tráete dos cervezas, un tinto y una aromática que Juan Carlos está enfermo, lo tienes agripado tú con esa joda de Maduro y dale que dale con eso, hasta que al tendero se le olvidaba que Juan Carlos era venezolano y hablaban de la situación, de la falta de empleo, de si el rey puede capturar cuando está en jaque.

—Yo sí te presto la plata, Manuel, pero ya sabes: me pagas los 40 mil pesos quincenales, ese es mi negocio. El mercado es otro cuento: tienes un cupo de cien mil, ni un peso más ni un peso menos; me pagas los viernes, para que la mujer tuya con ese genio que tiene no venga a ponerme problema y a llamarme usurero. Y oye, ¿por qué no aprovechas que el veneco este está

enfermo y le dices que te preste la chalupa esa que tiene y la red, y te vas a pescar y yo te compro ese pescado? No dejamos de negociar. —¡Oye, Juan Carlos! —dijo en voz alta—. ¿Tú le prestas?

—Claro —respondió Juan—. Vete por la red en la tarde y la usas mientras yo me alivio de esta peste.

—Así te cuadras, Manuel —continuó Fabio—, porque esperando a que alguien te busque para hacer arreglos de albañil o para conectarles la luz, te vas a morir de hambre. Y créeme que no hay trabajo para ti en esa empresa.

Ese día Manuel se fue tranquilo con el dinero del préstamo en el bolsillo acompañado de Juan Carlos, que prefirió no quedarse más en la tienda. Se despidieron cerca del río, donde comienza el barrio de invasión, y no se vieron el resto del día. Juan Carlos se fue preocupado por la salud de su mujer que empeoraba cada vez más, al igual que la suya que, aunque no se veía tan mal como Wendy, estaba deteriorado. Cuando abrió la puerta de su casa, la construcción de tablas que él y su mujer hicieron en la invasión en la nueva cuadra al borde del río, la encontró dormida en una penumbra solo rota por la luz que ingresaba por las juntas de las tablas. Levantó el mosquitero y la tocó para darse cuenta de que la fiebre no le había bajado.

—Otra vez me insultó el tendero —susurró, pero ella no abrió los ojos. Estaba en posición fetal de cara a la pared, acobijada como si no sintiera el calor de 37 grados al que llegaba el pueblo a esa hora. Le acarició la espalda un momento y se fue a la cocina a preparar una bebida. En una olla puso agua y un pedazo de panela, las ramas de limoncillo que encontró en el mesón, exprimió una naranja, la dejó hervir y se acercó de nuevo a su mujer con un pocillo lleno de la bebida y el medicamento. Mientras ella se tomaba la preparación, él pensó en el mar y en su mamá, en una embarcación en la que una vez trabajó pescando, en lo bonita que era la boca de Wendy, carnosa y rosada, que daban ganas de besarla.

Ella volvió a acostarse, sudorosa, mientras él le contó la historia del filósofo que estaba leyendo Enrique, un niño pobre que se volvió escritor. Le contó que el libro lo sacaron de los fierros torcidos del carro en el que el

escritor perdió la vida y que tenía una carta que él le escribió a su profesor de primaria cuando le dieron un premio. —Enrique me dijo que la vida es absurda, mi amor —le susurró—, que no tiene sentido, pero que uno puede buscárselo.

Wendy se había dormido. Él se recostó a su lado y le acarició otra vez la espalda. Moviendo la cobija para también cubrirse, notó un abultamiento en la espalda baja de su mujer. Miró con atención, la tocó sin hacerle daño; se trataba de un pequeño cúmulo de pelos, de unos tres centímetros, color pardo. La tapó sin alarmarse, le tocó las caderas y la abrazó. Juan Carlos había visto por primera vez que a su mujer le había salido una cola.

Manuel se encontró al muchacho un lunes, más o menos a las seis de la mañana. Había madrugado y estaba remando en la chalupa de Juan Carlos buscando un buen lugar para tirar la red, pues hacía días que no conseguía trabajo en nada. Estuvo vendiendo unas boletas de la rifa de la acción comunal, reconectando a las personas que no pudieron pagar cuentas de luz, haciendo la electricidad en obras de albañilería, y todas esas fuentes de dinero se habían ido agotando a medida que los unos y los otros agudizaron sus tensiones en su pelea por el control del río, lo que tensionó al pueblo como en las épocas más difíciles. Pilar se despertó temprano para hacerle el almuerzo: arroz de palito, yuca cocida, queso, suero y un pedazo de carne, la comida que más le gustaba para llevar al trabajo, y que decidió dividir en dos para llevarle la mitad a Enrique.

En la chalupa ya tenía pesca, algunos peces de buen tamaño, bagres y bocachicos que acomodó sobre un costal. Debajo llevaba otros pequeños que debió haber regresado al río porque no superaban el tamaño mínimo, que no devolvió pensando en que los podía consumir con Pilar. El río estaba tranquilo y la temperatura aún baja. Solo escuchaba un rumor del viento y el sonido de los remos ingresando y moviendo el agua. Pensaba en su mujer

el día en que se fueron a vivir juntos, con esa sonrisa que nunca más le vio después de que perdió a Rubén y que nunca le regaló a él después de lo de su aventura con la mujer. También recordó que Juan Carlos le recomendó acercarse a la ciénaga, porque muy temprano los peces más grandes llegan ahí a buscar comida y es fácil atraparlos. Por eso envolvió la red y remó en esa dirección, cuando vio que algo bajaba flotando con un gallinazo encima, que parecía más viajando que buscando comida. Sintió un vacío profundo en el estómago y pensó en Rubén flotando en un río y con un gallinazo encima, así que decidió acercarse para ver de qué se trataba. Estaba temblando y por momentos creyó que no tenía la fuerza para remar, pero logró acercarse y espantar el ave que dejó a la vista un bulto cubierto de basura, ramas, troncos, del que emergía una mano abierta que parecía despedirse; de nuevo Rubén en su memoria, mañana nos vemos papá, voy a buscar iguanas, su mano abierta al otro lado de la calle, despidiéndose, y Manuel convencido de que al otro día iba a verlo para ver el partido del Medellín en la tienda de Fabio, pero no, jamás escuchó de nuevo esa voz, mañana nos vemos papá, voy a buscar iguanas, así que ver el bulto le retorció los huesos y creyó que no tendría la fuerza para halarlo y subirlo a la chalupa, pues en ningún momento pensó en dejarlo a la deriva, para que el río se lo llevara y borrara su memoria, como si fuera basura, una cosa que nunca existió y que nadie recordaba.

Intentó subirlo, pero era pesado. Varias veces estuvo a punto de caerse con él al agua, hasta que encontró la forma de traerlo hasta la canoa. Sin pensar más que en Rubén lo acomodó debajo del pescado y lo cubrió con el costal; era un muchacho joven, de piel oscura, pero no lo observó en ese momento. Tenía el corazón agitado y comenzó a preocuparse porque alguien pudiera haberlo visto, así que verificó que no hubiera nadie en las orillas. Respiró profundo intentando calmarse, contó hasta diez, luego hasta veinte, hasta cien; abrió la red y la lanzó como si pescara, una, dos, tres veces, hasta que algunos peses quedaron atrapados. Siguió pescando con el fin de taparlo y que nadie sospechara.

¿Y si lo entierro? Pensó. Claro, sí, lo entierro y solo yo sé dónde está y lo cuido hasta que alguien venga a buscarlo para decirles dónde encontrarlo. Él mismo habría agradecido si alguien hubiera hecho eso por Rubén Francisco;

era una forma de protegerlo para que el río no lo borrara o lo que fuera que pudiera haberlo desaparecido. Remó hacia la orilla y verificó otra vez que nadie lo estuviera viendo; era temprano y los demás pescadores estaban más abajo, lo que le permitió llevar la chalupa hasta un lugar boscoso, se bajó y caminó un poco buscando un lugar seguro para enterrarlo; vio un matorral espeso a unos metros y pensó que podría ser ahí, pobre muchacho, quién será. Otra vez miró que no hubiera nadie y vio a lo lejos que se acercaban unas canoas con otros pescadores que tiraban sus redes. Bajarlo de la chalupa fue más fácil porque ya estaba en la orilla. Lo arrastró hasta el matorral y lo cubrió con el costal, comprobando que quedara oculto. Por último, puso una roca rojiza en la orilla del río para reconocer el lugar, ya que debía ir a buscar una pala y una pica para poder enterrarlo.

—¡Juan Carlos! —gritó afuera del rancho de su amigo, que salió envuelto en una manta y con un tapabocas cubriéndole el rostro.

—Vale, ¿tú no estabas pescando? —le preguntó.

—Claro, sí, estaba en eso. En un rato te traigo tus cosas. ¿Tú no me prestas tu pala y la pica para un trabajo?

—¿Tú no descansas, Manuel? Esa mujer tuya se te va a cansar de que estés por ahí perdido todo el día.

—¡Dime si me las prestas o no, Juan Carlos! —respondió agitado.

—¡Vale! ¡Vale! Chico, pero cálmate. Vete atrás y los coges, mamahuevo, que yo así como estoy no puedo salir.

Entonces Manuel buscó las cosas y volvió al río donde dejó la chalupa amarrada, mañana nos vemos papá, pensaba; pasó corriendo por la tienda y no le prestó atención a Fabio que le gritó algo desde atrás de la reja, ni se paró a saludar a Alejandro Calle que ya iba camino del colegio, luego hablamos profe, le dijo y siguió el camino. Puso las cosas en la canoa y la arrastró hasta el agua. Mientras remaba contaba hasta cien, rezaba, veía para todos lados buscando los ojos que pudieran estarlo observando; no había nadie vigilándolo. Cuando llegó al lugar donde dejó la piedra, había un grupo de

pescadores lanzando redes y conversando. Se quedó allí, nervioso, mirando hacia el matorral y prestando atención a la conversación, lanzando también la red. Maldijo su suerte, pues los peces quedaban atrapados con facilidad y nadie quería irse. Mañana nos vemos papá, pensaba, lo veía al otro lado con su camiseta del Medellín agitándole la mano, mañana nos vemos, y miraba a los pescadores reírse y decir cosas que dejó de escuchar mientras miraba el matorral.

Lo que más le preocupaba era que el calor subía y el cuerpo podría empezar a atraer las aves de rapiña. No quería que los demás pescadores se dieran cuenta de que el muchacho estaba ahí; eso pondría en alerta a los unos o a los otros y harían algo para recuperar el cuerpo y deshacerse de él. No obstante, Manuel siguió pescando, hablando y vigilando hasta que, casi a las once de la mañana, los primeros pescadores decidieron irse, luego otros y otros, hasta que de nuevo se vio solo y con la chalupa llena de pescado que no creyó conseguir ese día.

Le sacudió la cantidad de hormigas que se habían apoderado de él. Notó que tenía manchas rojizas en todo el cuerpo y toda la piel estaba fría a pesar del calor que ya estaba haciendo. Pobre muchacho, pensó mientras notaba la rigidez de las extremidades y encontraba, una a una, las heridas que tenía en las manos, la espalda, las plantas de los pies. Le habían arrancado todas las uñas y algunos dientes; tenía una herida en el cuello y quemaduras en las axilas y en la lengua. Seguro le dolió mucho todo esto, Dios mío. Por favor, que no le hayan hecho esto a mi niño. Estaba muy joven, ¿de dónde será?

Era un hombre joven, negro, de unos 23 años. Manuel pensó que podría ser de un pueblo cercano y que no tardarían en buscarlo. ¿Cómo se llamará? ¿Tendrá hijos? ¿Papás? Seguro que ya lo están llorando. Antes de empezar a cavar notó que tenía un agujero de bala en el cuello, debajo del oído izquierdo. Hijueputas cobardes, pensó, y empezó a cavar la fosa. Padre nuestro que estás en el cielo, ojalá que vengan rápido para mostrar dónde está, santificado sea tu nombre, que la mamá no esté sufriendo y que le ayuden a calmarse, venga a nosotros tu reino, mijo te metiste con gente mala, muchacho, mira lo que te hicieron, hágase tu voluntad aquí en la tierra, pero nadie tiene dere-

cho a hacer esto, mijo, nadie, como en el cielo, yo voy a rezar mientras tanto, mientras te encuentran, mientras vienen a buscarte, mijo, dadnos hoy el pan de cada día y a esta familia que se quedó solita, a esos niños, perdona nuestras ofensas, perdona a las bestias que hicieron esto, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden, perdóname a mí, a todos, y líbranos del mal, de estos monstruos, de estos asesinos, amén.

Cuando terminó estaba bañado en sudor. Puso el cuerpo en la fosa cuidando no dañarlo, lo tapó y cargó unas rocas para ponerle encima. Se acostó sobre esas rocas y lloró como el día en que se perdió Rubén, como intentando sacarse la misma roca que pilar tenía en el pecho, culpando a todos, mi niño, mi muchachito, dime dónde estás, mi Rubén, mi niño pequeño, ¿por qué me hicieron esto? Vida hijueputa, ¿por qué no me muero? ¿Por qué no soy capaz de matarme? Y así se quedó dormido, sucio como si fuera él el sepulto, y durmió hasta que los mosquitos lo dejaron. Antes de irse se lavó en el río, organizó el pescado y volvió a llorar.

Ese día Fabio le compró todo el pescado a buen precio, incluso los pequeños. Le pagó la deuda e invitó la borrachera y se quedó hasta tarde en la tienda con Enrique y Alejandro, que les mostró cómo esa noche los planetas estaban alineados. Lloraron ya borrachos, juntos, pero cada uno por algo diferente, por amor a fin y al cabo.

—No me digas nada, Pilar —le dijo a su mujer mientras vomitaba en un valde en la cocina.

—Hueles horrible —dijo ella.

—Hoy no, Pilar, hoy huelo a mierda... hoy huelo a muerto, déjame, no me digas nada. Mañana nos vemos... mañana nos vemos papá.



—Doña Pilar —dijo Aurora cuando levantó el teléfono.

—Doña Aurora, ¿cómo le va?

—Ahí vamos, hija. Estos dolores de siempre.

—¿Se tomó la bebida que le dije?

—Claro, yo me he tomado todo lo que me han dicho.

—Hágame caso con el árnica: usted la hierve y se la pone en esos huesos como un emplasto o puede hacer pomada, con vaselina...

—La voy a buscar. Yo me echo de todo en estos huesos, pero no me vale nada.

—Tenga fe doña Aurora, que el señor no la deja sola.

—Ojalá que no... ojalá que no. Yo creo que ya estoy muy vieja y me da miedo que no alcance a saber nada de mi muchacho.

—No diga eso, vecina, usted se ve muy joven todavía y está muy llena de vida. Ha sido muy fuerte estos años, mire todo lo que hemos aprendido.

—Hemos aprendido. Antes de que se me llevaran al niño yo no sabía nada, y la vida era vivir aquí o salir corriendo cada que a esa gente le daba la gana. Pero esto me dio unas ganas de aprender hasta de todas esas leyes y ya no me dejo meter el dedo en la boca.

Aurora ya era una mujer mayor cuando se llevaron a su hijo, pero a diferencia de Pilar no era la primera vez que se encontraba con la monstruosidad. Era de un municipio del norte del que tuvo que irse antes de cumplir veinte años cuando un grupo armado amenazó a su familia. Se fue a vivir a un pueblo junto al mar y allá se casó con un hombre trabajador con el que tuvo sus hijos mayores, pero apareció un grupo que los acusó de no pagar el impuesto de la causa y tuvieron que irse de mayordomos a una finca en Risaralda; allá llegaron unos que los obligaron a irse cuando Jesús David estaba de brazos, porque la zona se iba a convertir en un campo de guerra, por lo que fueron a dar a un pueblo ribereño donde su marido se enfermó y se murió, y donde además llegaron otros y la acusaron de ser colaboradora de los unos y de llevarles información, entonces tuvo que irse sin nada y llegar al pueblo a trabajar de costurera, arreglando casas, lavando ropas ajenas, sin comprender bien las razones de su trasegar.

Esta pérdida le enseñó algo nuevo: que tenía que comprender lo que le estaba pasando y lo que les pasó a tantas personas en el país. Entendió entonces que su hijo Jesús David era uno de los más de 90 mil desaparecidos y que ser desaparecido no era lo mismo que ser secuestrado, debido a que la gente la desaparecen por muchas razones: porque son opositores políticos, por pensar diferente, por ser líderes comunitarios que luchan por derechos colectivos; pero también por otros: como para generar terror en lugares específicos y así poder controlar a las personas. Doña Aurora aprendió que es un crimen de estado, aunque en este país lo empezaron a usar los unos y los otros también por muchas razones, entre ellas para que nadie sepa el tamaño de los crímenes que cometen, para desaparecer las evidencias de los delitos, incluso para demostrar que son más horribles y peligrosos que sus enemigos.

Uno de sus mayores aprendizajes fue que su dolor no era el único, por más que lo sintiera en todo el cuerpo. Comprendió que todos los familiares

de desaparecidos pasan la vida en un dolor que no les da descanso, esperando, en vidas intranquilas y ansiosas. De ahí que se junten y se cuiden, que se curen entre ellas con saberes que se van compartiendo, árnica para los dolores articulares y la inflamación, singamochila para los cálculos renales y para la presión arterial, gualanday para las úlceras, la malva para la amigdalitis, el diente de león para descargar el hígado, la menta para la indigestión... Saberes que se fueron convirtiendo en maneras de luchar contra esa fiebre del olvido que sufre este país, contra esa violencia que les generó tanto terror por la vida y que además busca detener a las comunidades.

—Pero yo la llamé a contarle una cosa importante, Pilar.

—Dígame, doña Aurora.

—Mija, a mí sí me encontraron un cáncer.

—No me diga eso. ¿Qué le dijeron?

—Que hay esperanza, que me pegue de Dios, que me van a ayudar... Usted sabe que siempre hay gente buena.

—Sí señora.

—Yo voy a hacer todo lo que me digan. Si me dicen que tome esto, me lo tomo, si aquello, me lo hago, porque yo necesito la vida y eso es lo que le estoy pidiendo al señor. Yo estoy segura, por Dios nuestro señor, que nosotras vamos a ver a los muchachos antes de morirnos; Dios no puede ser tan cruel con una madre, ¿cierto?; así sean los huesitos, que me los entreguen y yo los abrazo y los cuido, los entierro, les rezo, pero que yo sepa que es mi niño. Usted no se preocupe por mí. Yo le quería decir porque somos amigas y ha sido mi compañera y me parece justo que lo sepa.

Cuando Pilar colgó el teléfono ya estaba llorando. Llevaba dos días sin saber de Wendy, que no respondía el teléfono, y estaba sensible. Ya las cuatro mesas del restaurante estaban llenas y no podía dejar de trabajar; el resto del servicio lo hizo llorando, por Aurora y por Wendy, por ella misma. Ese día el menú era arroz atollado con aborrajados de plátano y bastones de pollo apanado, sopa de guineo y jugo de mora. Por más que quiso comer no pudo. Se fue temprano a su casa y no ayudó en el aseo. Quería dormirse antes de que Manuel llegara.



Alejandro Calle llegó al pueblo por dos razones: la primera, porque lo nombraron profesor de matemáticas en el colegio; la segunda, que motivó la primera, estaba enamorado de Patricia Domicó, una mujer emberá que vivía en una comunidad muy adentro, a la que solo se podía llegar por el río. La conoció en la universidad, donde fue su profesor, pero cuando ella decidió volver a su comunidad para seguir su vida con su pueblo, él pensó que iba a morir. Le rogó de todas las formas posibles que se quedara, le prometió cosas que incluso él sabía que eran imposibles, como hacerse una persona de su comunidad y olvidarse de que era un hombre de ciudad, a lo que ella se negó. Así que cuando salió el concurso para asignar las plazas de maestros en el departamento, él se presentó sabiendo que nadie quiere irse a los pueblos en zonas rojas, y llegó en propiedad al cargo de docente de matemáticas en el colegio de bachillerato; fue esa la primera renuncia que hizo, pues allí no iba a enseñar astronomía, que era la segunda cosa que más amaba, por estar cerca de Patricia, que era en realidad la primera.

Sin embargo, su plan no funcionó como quería porque ella se negó a verlo y se casó con el gobernador del resguardo, lo que lo llevó a él a la tienda de Fabio, donde se convirtió en el cliente, seguido de Enrique y de Manuel,

que más botellas de ron podía tomarse en una semana. Por otro lado, los unos y los otros lo veían mal. Los unos creían que el aparato ese que montaba en un trípode, tarde de la noche, a orillas del río, era una cámara con la que espiaba sus acciones para mandarle fotos al gobierno; los otros creían que era un borracho comunista y que junto con el médico ese les metían ideas insurgentes a los niños de la comunidad.

Alejandro siempre se sintió solo en el pueblo, salvo las horas en las que conversaba de astronomía, filosofía y ajedrez en la tienda de Fabio, o los días en que lograba ver a Patricia Domicó que iba al pueblo a hacer mercado, a cortarse el cabello o a pasear por ahí con su marido; momentos en los que se sentía mejor, con los pies en la tierra, contento porque ella se veía feliz y tranquila. Pasaba las horas con Enrique, Manuel y con Juan Carlos tomando ron y muertos de risa por los chistes del doctor, perdiendo una tras otra las partidas de ajedrez porque era imposible ganarlas. Al final, ya borrachos, casi invariablemente, lloraba cada uno por sus razones, como hacen los borrachos, juntos, hasta que Fabio los echaba. Alejandro se despedía de sus amigos y se iba a su casa, una habitación de hotel que arrendó por mensualidad, y se ponía a mirar por el telescopio y a escribir apuntes en su libreta hasta que lo vencía el sueño.

Se trataba de una rutina en la que todos se sentían cómodos, con sus tristezas compartidas, a pesar de que eran conocidos como vagos y borrachos. Él también confiaba en el poemario de Enrique y soñaba con leerlo cuando estuviera terminado, y esperaba que Manuel supiera al fin el paradeiro de su hijo y consiguiera ese trabajo como electricista en la empresa minera. También sabía que su añoranza era imposible, que vivía una vida de sueños en los que ella se aparecía y lo saludaba en emberá, y le ponía un collar de chaquiras, un penacho de plumas y lo llevaba al río para subirlo a una chalupa en dirección al resguardo, pobre imbécil, pensaba, iluso, culicagado, y seguía enfocando el telescopio como buscando algo allá arriba, en ese infinito que ya casi nadie mira, pero que a él le seguía pareciendo fascinante, insondable, inefable, llorando a ratos como un niño chiquito y a ratos riguroso como el científico que era.

La rutina cambió el día que vio a los tipos esos afuera del colegio, esperándolo, parados junto a una moto enorme, con sus ponchos, sus sombreros y sus botas que, si bien no eran uniformes, los mostraban como gente de los unos o los otros.

—¿Cómo le va, docente? —le dijo el más pequeño; un tipo de figura chocante que le estiró la mano fingiendo amabilidad.

—Lo más de bien —contestó él— ¿Qué se le ofrece?

—Nada, profe, nada —se rio—. Solo queríamos preguntarle si de pronto con su camarita habrá visto un paquetico que se nos perdió qué día en el río.

—Yo cuántas veces les voy a tener que decir que es un telescopio y no una cámara. Esas dos cosas las diferencia un niño de acá del colegio, pero ustedes como que no pueden.

—Bajémosle al tono, profe, que yo soy muy amable. Lo que pasa es que se nos perdió un paquete importante que esperábamos que pasara ayer temprano por el puente, pero no pasó. Y se nos ocurrió que usted, con ese aparato pudiera haberlo visto.

—No señor, yo no vi nada —. El otro hombre no dejaba de mirar los libros que Alejandro llevaba en las manos.

—Si veo algo les digo. Pero tiene que ser que lo vea en el espacio, que es para donde yo miro.

Los tipos se despidieron y se fueron, mientras él se volvió a meter al colegio con el cuerpo frío y las rodillas débiles. Jamás se le habían acercado tanto y nunca le habían preguntado algo que no tuviera que ver con las palancas del telescopio. Por eso se quedó ahí un rato en la sala de profes y esperó a calmarse. A eso de las tres se fue para la tienda. Estuvo ahí un rato, casi sin hablar ni reírse de las cosas de Enrique, que lo señalaba para burlarse y decirle «te quise tanto, Alejo estelar, te quise tanto», pero a él le salía una sonrisa y miraba el humo del cigarrillo que se estaba fumando. Esa tarde se fue temprano a su casa y no enfocó el telescopio. Se durmió pensando en Rubén Francisco y en lo fácil que podría ser convertirse en un fantasma y esfumarse.



—A Rubén le gustaba mucho el fútbol. Jugaba bien el niño, medio campo; y cuando pisaba el balón y levantaba la cabeza había que tenerle miedo, porque ya había visto dónde estaba el delantero, lleve, allá se lo ponía en los pies. Daba gusto verlo jugar; parecía un profesional. Manuel estaba sentado sobre la tumba del muchacho mirando las ramas que lo ocultaban. Había llegado temprano y pescó cerca de ahí; amarró la chalupa y dedicó un rato a limpiarle las hojas, las ramas y rezó. Pensó en Rubén y en Pilar, muchacho, si vieras lo bonito que era verlos en la casa peleando porque él dejó los zapatos sucios en el pasillo, porque no lavó la loza; y después nos sentábamos a ver fútbol y ella cocinaba, nos hacía las empanadas que son famosas en todo el pueblo; si vieras cómo cocina mi mujer. Nos hacía arroquito con coco y se fritaba unos patacones y bocachicos, o hacía sopas o papas cocidas. Después todo eso se desapareció. Fíjate que las empanadas nunca volvió a hacerlas porque sin Rubén ya no tenía sentido y se olvidó de mí, aunque yo no la culpo porque es una madre, y las madres sientes diferente, no como nosotros, mi hermano. Esa casa se convirtió en un destierro; el niño se borró y tú no te imaginas lo que es llegar y buscar algo que se le perdió a uno y no encontrarlo, no saber nada. Así debe estar tu padre vieja.

¿Tú tienes hijos? ¿Hermanos? Yo he estado pendiente de alguien que me diga que te están buscando; no he escuchado ni una sola información, como si no dieran contigo. Otra cosa es que yo no puedo andar por ahí diciéndole a todo el mundo que te estoy cuidando aquí, no señor, porque quién me dice a mí que el que te hizo esto no está por ahí esperando, ¡no! Y si le digo a Pilar se enrosca y se enoja conmigo, porque desde que se dio cuenta de que yo andaba por ahí en enredos, no ha dejado de estar enojada por cualquier cosa. Esto lo tengo que hacer yo solo, muchacho. Por eso vengo a verte y a rezar, y a hablarte, porque ojalá que alguien haga lo mismo por mi Rubén y me avisaran para ir corriendo a buscarlo, pero nada, mi muchacho es un nombre, las fotos que tenemos pegadas en el espejo del tocador, ese cuarto con zapatos y afiches del Medellín.

Él era un pelao' bueno, hermano. No hacía nada malo; se iba a nadar o a pescar como cualquier muchacho de este pueblo; lo agarró ahí la muerte, porque quién me va a decir que él está vivo, nadie. Si estuviera vivo ya habría vuelto y estaría con nosotros y durmiendo en la casa. Una vez nos llegó el rumor de que alguien escuchó que otro dijo que a Rubén lo habían enterrado en el cañón del Cauca, y después otro rumor que lo vieron vivo en Medellín, y otro que dizque lo mataron en un combate, todas mentiras. Nosotros aquí en este vacío; Pilar cree que yo estoy bien, que a mí ya se me olvidó, ¡mentira! Me paso la vida en una angustia, llorando solo como un perrito, pegado de la virgen esperando que aparezca por una puerta y me diga papá, ese Medellín es muy malo, otra vez goleado, pero nada, eso me lo imagino yo y volver a la realidad es horrible: mirar la puerta y aceptar que ahí no hay nada, ni siquiera un espanto, que fui yo imaginándome la voz, que ya ni debe ser igual, y el cuerpo ya tendría que ser más grande porque él no se podía quedar pequeño; es una cosa del tiempo, porque Pilar y yo hablamos de él como si el tiempo no hubiera pasado; no ha pasado para nosotros que nos quedamos como flotando, será.

Manuel se quedaba en silencio y escuchaba el río y el viento, las ramas de los árboles, y le daban ganas de dormirse ahí en esa sombra, y cuando lo hacía soñaba que Pilar se reía, que hacía viuda de pescado, bollitos de coco, panelitas, empanadas con suero, como cuando eran novios, que le hacía dul-

ces para enamorarle el estómago primero y el corazón después; soñaba con las fiestas en el restaurante, con la cantidad de comida que se hacía, con Pilar bailando y limpiándole la cara al niño que se ensució con unos chicharrones grasosos con arepa que se robó de la cocina; soñaba con la casa pintada de verde, con Pilar buscándolo en la noche para hacer el amor. Cuando se despertaba siempre estaba plácido y con hambre. Llevo mucho aquí, pensaba, se ponía a rezar, Ave María, Padre Nuestro, y se iba en la chalupa llena de pescado a saludar a la tienda. Fue todos los días que pudo.

Esa tarde, cuando fue a llevarle el pescado a Fabio, Enrique le mostró un poema que le quebró el corazón pensando en el muchacho. Mirá esto, Manuel pescador, le dijo:

Flota

No puede agarrarse de una rama o aferrarse a una roca.

Flota

No consigue gritar.

La boca está llena de tierra y pececitos, de cantos rodados y hojarasca.

Flota.

No canta.

Río abajo no hay dolor, ni gritos ni tortura.

Ni noches siniestras, ni padre, ni hermanos.

No hay más que flotar, dejarse llevar, deriva.

Chocarse contra las rocas.

Flota, no reza ya.

Río abajo está el estupor, el miedo, el grito.

Las voces que avisan que va flotando.

Los ojos llorosos, los abrazos, una opaca desesperanza.

Una mujer tumbada, un sueño roto.

Flota.

No lucha.

Corriente abajo parece que no valió la pena.

Que es solo un niño que, seguro, ante los ojos de su asesino, estuvo llamando a su madre.

—¿Tú por qué escribiste eso, Enrique?

—No sé... Así me estoy sintiendo.

—Sí, lo sé —dijo Manuel—. Me dolió.

—Perdóname, no quería hacer eso —contestó apenado Enrique.

Manuel vendió el pescado y se sentó con él. Pidieron ron para celebrar el giro que envió el hermano de Enrique, el único con el que todavía hablaba y que le enviaba, mes a mes, el arriendo de la casa de su mamá para sus gastos. Recibieron a Alejandro que les contó que los unos y los otros lo estaban persiguiendo para preguntar por un paquete en el río y que estaba asustado. Manuel fumó mucho esa tarde y Enrique les leyó poemas nuevos: uno de un gato solo, otro de una mesa vacía y uno de una mujer desnuda en un camino. Manuel se quedó pensando en el río, en flotar, en pececitos en la boca, en torturas y en mujeres llorando.



10

Wendy estaba convencida de que empezó a enfermarse en el momento en el que dejó Puerto Cabello; los síntomas de su peste los sintió ya sentada en el carro que los llevaría hasta la frontera: fiebre, mareo, vómito, un vacío en el pecho, un no saber quién era, un no tener su tierra, rabia, hambre, miedo y un dolor constante en el corazón que se le puso ahí en esas noches, en el servicio de urgencias, sintiendo las manos atadas para quitarle un dolor a alguien, para curarle una herida a una mujer porque simplemente no tenía los recursos para hacerlo, o en las filas interminables para comprar algo de comida para su familia. Sin embargo, la transformación real no empezó hasta años después, ya en el pueblo y trabajando en el restaurante de Pilar, y comenzó a sentirla cuando un hombre que pidió un almuerzo le preguntó a otro, que estaba sentado en otra mesa, cuánto costaría la comida con la veneca incluida, y el otro tipo solo sonrió. Ella tuvo una sensación vomitiva, una ira profunda que modificó su manera de mirar a cualquiera que se refiriera a su belleza o a su origen venezolano.

Ya desde niña odiaba que le dijeran bonita o que asumieran que era importante porque su cuerpo era voluptuoso y todos quisieran hacerse con ella. Rechazó a muchos pretendientes que se acercaban por eso y siempre se

negó a atender a alguien que le dijera piropos. En Venezuela, mientras pudo ser enfermera, se sentía segura en un servicio de urgencias o en un quirófano, pero como migrante estaba expuesta, no solo al acoso, sino a una mezcla violenta entre acoso, racismo y xenofobia, que la persiguió desde el momento en que puso un pie en Colombia. La peste fue solo el resultado de esto.

Los peores síntomas los sentía cuando alguien, cualquier persona del común, decía cosas como «los venezolanos», o «esto aquí se llenó de venezolanos», o «los venezolanos se apoderaron de todo», o «nos vinieron a quitar el trabajo», o «van a quitarnos todo», o «esto era muy bueno hasta que llegaron los venezolanos». Sentía vergüenza de ser ella misma y se la contagiaba a Juan Carlos; miedo de ser descubierta, rabia de su acento caribe, del tono de su piel, lo que la hacía sentir que sería mejor esconderse en una madriguera, pero el hambre la sacaba y se veía obligada a buscar trabajos en los que le pagaban mucho menos de lo que le pagaban a un colombiano, pero aceptaba porque Juan Carlos no podía solo, qué veneca hermosa, está buena, ese pelo rizado, ese culo, ¿no es puta? Como todas las venezolanas lo son... haría más dinero.

Cuando llegó a trabajar con Pilar sintió un alivio. Sintió que tenía una amiga que veía en ella algo más profundo; se ayudaban y se cuidaban, pero cuando la enfermedad avanzó ya no pudo seguir yendo y comenzó su cuarentena. Las dos sufrían por la distancia, por no poder acompañarse. Se llamaban a contarse las cosas de la vida, las luchas de Pilar buscando al niño, las tristezas de Wendy por no poder ver el mar de Puerto Cabello. Pilar le mandaba mensajes con recetas de arroz atollado, chivo en coco, mote e' queso, quibbes y masato, mientras que Wendy le enseñaba de las cachapas, las ayacas y el pabellón criollo.

Pilar lloraba contándole que no era capaz de querer a Manuel como antes, que él tampoco era capaz de acostarse con ella, y cuando lo intentaba era una vergüenza tras otra porque no le respondía, aunque empezaba a buscarla animado y fogoso. Wendy no era capaz de decirle lo de la cola que le había salido y mucho menos que las piernas se le estaban encogiendo como si fuera un animal de monte, qué vergüenza, pensaba, en lo que me

estoy convirtiendo, decía viendo a Juan Carlos igual, en la cama, ardido de fiebre, con los pies convertidos en unas garritas pequeñas con uñas largas y cubiertas de un pelaje oscuro, Dios mío, somos animales, y se ponía a llorar inventando una mentira para decirle a Pilar sobre por qué todavía no podía volver al trabajo, es un virus muy fuerte, nada que nos mejoramos. Ya Juan Carlos no podía salir a la farmacia, así que se habían echado al dolor, a llorar juntos por la desgracia de ser unos bichos de monte raros y porque se les iba a acabar la comida y se iban a morir de hambre, porque qué vergüenza salir así a la calle; la gente irá a decir no ve, que los venecos son esos animales que todo se lo comen, que no se les entiende lo que dicen, que se están robando el trabajo, quitándonos lo que tenemos, Maduro criminal hijueputa, nos mandó a todos estos vagos, ladrones, animales, criminales. Por eso no volvieron más y se quedaron en esa madriguera.

Cuando a Pilar le preguntaban por Wendy decía que estaba enferma y le daban ganas de llorar; un virus muy bravo que está dando, cuídese usted también, no sea que terminemos todos enfermos. Ella creía que era algo más grave, una enfermedad delicada que su amiga no le quería contar, así que pensaba y pensaba y se sentía mal por ella, le pedía a doña Aurora que rezara, que la pusiera en sus oraciones, que intercediera.

Una vez le pidió a Manuel que fuera a buscarlos, que les llevara algo de comida, pero cuando él tocó la puerta y gritó ¡Wendy! ¡Juan Carlos! Nadie abrió, solo la voz de su amigo le dijo vale, no te puedo abrir, te enfermas, la cosa está grave aquí adentro, chico, este virus es muy contagioso; entonces les dejó las ollas en la puerta y les pidió que se comunicaran, que estaban preocupados, que Enrique podía ir a verlos porque era doctor, pero no, no quisieron; no se quedó para ver las manos cubiertas de un pelaje espeso que abrieron la puerta y arrastraron las ollas hacia adentro.

Al ver la comida se abalanzaron sin ninguna humanidad, gruñeron, se arrebataban pedazos de la comida, hasta que ya no hubo nada más. Llevaban cuatro días sin comer, la casa sumida en la oscuridad y maloliente, mugrosa, como si efectivamente se tratara de la guarida de un mamífero, de un animal de monte. Manuel siguió llevando la comida que Pilar mandaba y la ponía en

la puerta. Después de saludar se iba. Nunca se quedó a mirar cuándo abrían por temor a contagiarse. Le decía a la mujer que ahí estaba ocurriendo algo grave, que los amigos estaban mal y que temía lo peor. No tenía idea de que lo peor iba a llegar pronto.



Cuando comenzó a pasar la multitud hacia la subestación eléctrica, Enrique reconoció a Pilar, que corría cargada de una canasta y con una camiseta que tenía el rostro de Rubén en el pecho, y a Manuel detrás de ella, con una gorra blanca y arrastrando un carrito de mercado lleno de cosas.

—¡Manuel! —gritó—, ¡oye! ¡Qué pasa con ese gentío!

—¡Que encontraron a los pelaos! —gritó Manuel sin bajar el paso— ¡Vamos! ¡Vente! ¡Vente!

—¡Fabio! Me guardas el tablero.

—¡Doctor! —gritó Fabio—, hoy es viernes ¡¿Cuándo me va a pagar?!

—¡Por la tarde! —dijo Enrique ya entre la multitud— ¡Hoy me llega el giro de mi hermano y te pago! ¡Lo prometo! —gritó, pero ya Fabio no pudo escucharlo. La romería se dirigía a la subestación que estaba construyendo la empresa y en la que Manuel intentó muchas veces entrar a trabajar sin éxito. Desde el día anterior se había regado el rumor de que un operario de retroexcavadora había encontrado un tesoro; en la mañana el rumor se transformó y empezaron a decir que el trabajador de la retro que estaba moviendo

tierra para la ampliación había desenterrado una fosa común con más de cien muertos, y que, al verlo, se bajó de la máquina y se escapó pensando que había hecho algo malo.

No se sabía quién era el operario, pero sí que había desenterrado una cantidad de huesos humanos que podrían ser de algunos de los desaparecidos de los momentos más álgidos del paramilitarismo en el pueblo, o incluso de personas como Rubén y Jesús, que habían desaparecido en otros momentos. Pilar y las demás mujeres buscadoras de la subregión decidieron ir, armadas con pancartas, afiches, cartulinas, fotografías, carpas, puestos de comida y todo lo necesario para quedarse allí hasta que les dieran respuestas. Enrique entendió que mucha gente estaba haciendo las mismas preguntas que Pilar y Manuel venían haciendo desde hacía más de tres años, pues era tanta la gente que el camino hacia el alto donde se hacía la ampliación parecía una procesión de viernes santo, por lo que pensó que el hallazgo les había devuelto el ánimo y la valentía a muchos a quienes tal vez el miedo se los había arrebatado. Él mismo había sido testigo de los atropellos de esa época en que gobernaban los comandantes paramilitares, con brazaletes negros, sus camionetas terroríficas, las listas, las torturas y el silencio. Se acordó bien de las mañanas en las que tuvo que ver cómo asesinaban a alguien que alguna vez le dio agua a otro que se presumía guerrillero; o cuando mataban a uno y le colgaban un letrero con sus culpas, pues ellos decidían sobre la vida y la muerte y sometían a la gente bajo un gobierno de terror que resumía las vidas al trabajo y la casa, o al silencio, el mismo en el que estuvieron él y todos los sobrevivientes: era la única forma de sobrevivir a esa violencia.

Enrique se acordó, cuando llegaron a la subestación, de la celebración de cumpleaños de un comandante. Recordó que el tipo era amante del boxeo y un enemigo declarado de los homosexuales, por lo que sus subalternos idearon un torneo de boxeo entre maricas y se trajeron a las malas a todos los homosexuales, lesbianas, travestis o lo que se les pareciera, y los obligaron, durante los tres días que duró la fiesta, a darse golpes en un ring improvisado y a ser el hazmerreír de todos para satisfacer al comandante, que tomaba aguardiente y comía carne. Después se los llevaron en un camión, incluido el campeón, un muchacho vecino de Manuel, y se perdieron en la memoria.

Este recuerdo empujó a Enrique a que les pidiera cartulina y pintura a las mujeres, que ya habían montado su carpa con las fotos de sus hijos e hijas colgando, con los nombres de sus hermanos, primos, padres; que ya habían armado puestos de comida y comedores, espacios de reposo y de primeros auxilios. Cuando se las dieron, él escribió en un cartel enorme, de tres pliegos, que decía, con una letra horrible pero legible: «¿Dónde están los maricas?». Y se quedó allí acompañando todos los días que duró el plantón, recibiendo comida de las mujeres, ayudándoles y siendo también compañía para ellas, incluso en los días en los que bajó el furor y la mayoría de la gente se fue a sus vidas cotidianas, y solo se quedaron ellas, en lo que en realidad también era su vida cotidiana.

La policía llegó antes que el gentío y ya habían acordonado el área. También habían llegado hombres de los unos y de los otros que caminaban entre la gente con sus caras frívolas y fantasmales, muchas de las cuales estuvieron presentes también en los momentos de los comandantes uniformados, porque siempre son los mismos, como camaleones que se adaptan al medio en el que aparece un nuevo negocio. Cuando el diabólico presidente los convocó para firmar acuerdos y terminar con las agrupaciones, muchos se quedaron en el pueblo haciendo vida y tuvieron hijos y familia. Cuando llegaron los unos y los otros volvieron a integrar esas filas que parecían nuevas con intenciones similares, sumadas ahora a la explotación de las riquezas del río y del bosque, de los cultivos y los caminos por los que transportaban lo que fuera que transportaran. Y les interesaba tanto que se mataban entre ellos y también al que se les atravesara en sus obsesiones.

Los anteriores decían que estaban en el pueblo para luchar contra la insurgencia. Los unos y los otros, en cambio, eran como sombras sin forma ni intenciones definidas, y por eso eran evidentes entonces sus razones verdaderas: estaban ahí porque en el pueblo había riquezas que no beneficiaban a los trabajadores de la región, que cada vez estaban peor, con más hambre y más necesidades, pero sí a unos que sabían y tenían las herramientas para explotar el oro y la madera, además de las plantaciones de coca, y que podían controlar con sus armas los trayectos de sus productos entre las montañas que van a dar a donde viven sus compradores.

Enrique comprendía muy bien eso y siempre se protegió de lo que decía o hacía. Cuando enseñaba geografía a los niños que llegaban a la tienda, les hablaba de mapas, ciudades lejanas e historias maravillosas; a los amigos, en cambio, los hacía cuestionarse, a pesar de las palabras de Fabio, siempre detrás de la reja, que le decía que estaba equivocado, que la época de los paras no fue mala, que al contrario, no había robos ni bandidos, que no había marihuaneros, y que ahora todo estaba lleno de venezolanos peligrosos, que eran ellos los verdaderos culpables de todos los problemas de Colombia, lo que los ponía de nuevo en discusiones y griterías mediadas por una reja de acero con publicidades de gaseosas y de azúcar.

Según el secretario de gobierno, ninguna persona que no fuera una autoridad municipal, de las fuerzas armadas o de los enviados del gobierno, podía entrar a la zona acordonada por razones de seguridad. Además, dijo que iban a enviar un equipo de forenses especializados, que venían desde Bogotá porque allá era donde estaban ese tipo de profesionales.

Las mujeres no se movieron de ahí. Con el paso de los días armaron nuevas carpas y se llevaron a vivir a sus familias, por lo que el campamento comenzó a parecerse a un pueblo más pequeño lleno de ranchos de madera improvisados, cubiertos con plásticos y lonas verdes que les dieron los trabajadores de la construcción; hicieron letrinas, pusieron bancas debajo de los árboles, hasta que las acusaron de estar invadiendo un predio privado y las amenazaron con sacarlas por la fuerza pública.

—¡No señor! Invasores jamás —le gritó furiosa doña Aurora al alcalde, respaldada por una horda de mujeres armadas con pancartas, nombres, fotos, listas, y cantando arengas y canciones en las que reclamaban los cuerpos de sus familiares.

Enrique estaba fascinado con esa rebelión de mujeres y dejó, por todos esos días, de ir a la tienda. Ayudaba a Manuel y a Pilar en las labores de cocina para los sancochos comunitarios; atendió malestares como en su época de año rural, cuando creía en la medicina como un oficio noble y humilde.

Sin embargo, todo empezó a cambiar cuando llegó el primer grupo de

forenses que el gobierno envió para revisar la excavación de la subestación. Fueron diez personas que armaron su propio campamento al interior de la construcción; pusieron mesas, montaron cámaras, trazaron líneas con cuerdas e iban excavando con palustres y brochas. Tomaban muestras, guardaban las osamentas en canastas que marcaban minuciosamente, tomaban fotografías y las empacaban en contenedores sellados.

A Enrique le daba mala espina el silencio de esos científicos. En eso pensaba una noche en la que estaba conversando, sentado en una banca, con Pilar y otras mujeres, y una de ellas contaba que cuando el operario de la retroexcavadora encontró las osamentas fue porque vio que la pala lanzaba por los aires un montón de pelotas blancas que iba desenterrando. El tipo, del que ya se sabía que era del pueblo vecino, un tal Alberto Jaramillo, se escondió en una casa del barrio de invasión, temeroso de haber desenterrado una maldición. El miedo de Enrique se confirmó una mañana, casi dos meses después del hallazgo, cuando la gente de la alcaldía armó un atril con la bandera nacional y micrófonos, y llegó el alcalde con una comitiva de funcionarios del gobierno nacional y periodistas.

—Querida comunidad municipal —dijo el alcalde por el micrófono—. Hemos estado atentos al trabajo científico de los investigadores enviados por el gobierno nacional; hemos también sido solidarios con las familias y con los reclamos de las personas que buscan a sus familiares perdidos, y mi compromiso sigue firme en recordar que este municipio ha sido históricamente pacífico. Es por esto mismo que me alegra informar que los resultados de esta investigación científica son muy satisfactorios para mí y mi administración. Somos testigos del hallazgo de un antiguo poblado indígena prehispánico que los arqueólogos han atinado a llamar «El Alto», en honor al sector donde fue encontrado. Los hallazgos en este sitio arqueológico van desde vasijas de cerámica hasta entierros humanos de antiguos chamanes; por esa razón la zona será considerada un bien patrimonial y de interés arqueológico, protegido por mi administración, según lo requieran los decretos de la nación y nuestra constitución. Sintámonos orgullosos de ser parte de nuestra historia nacional.

Esa misma tarde el campamento estaba vacío. Colgados de los árboles quedaron las fotos de cientos de hombres y mujeres, carteles y esquelos, como si esas mujeres no terminaran de creer en esa historia. Enrique volvió en la noche a la tienda y por fin le pagó su deuda a Fabio. Tenía puesta una camiseta blanca que le regaló Pilar, con el rostro de Rubén. Se tomó dos ronones en silencio y se fumó seis cigarrillos, uno detrás del otro. Antes de dormirse buscó videos sobre excavaciones arqueológicas en todo el mundo, pero en ninguna vio la dignidad de todas esas mujeres que lo acompañaron esos días.



—¡Mijo! Te lo dije —susurró Manuel apenas entró al rastrojo donde estaba el muchacho—. A ti te están buscando. ¿Qué fue lo que les hiciste que no descansarán hasta que te encuentren? Imagínate que creen que Alejandro, el amigo mío, te tiene escondido o que sabe qué pasó contigo. El pobre está que no sabe qué hacer porque le cayeron al colegio y le pusieron una moto ahí afuera a vigilarlo, que se le aparecen por la calle y se le cruzan, uno de ellos es el tal Calavera ese, que tiene fama de ser malo. Me dijo ayer que hace días que no puede usar el telescopio porque le da miedo que lo estén mirando.

Y él no es el único. Por allá fueron a la tienda, ese chiquito que también es peligroso le dijo a don Fabio que se les perdió un paquete importante, que lo único que quieren es verlo pasar y que la orden es recuperarlo para que siga río abajo. Están hablando de ti, muchacho, te llaman paquete y quieren que te trague el río para que se olviden de ti. Yo estoy preocupado por Alejo, me da miedo que le hagan algo malo, ellos son capaces de matar a alguien por sospecha; él es un profesor y el que no vea que ese aparato es un telescopio tiene que ser muy ciego. Al restaurante de la mujer mía también fueron detrás de unos pescadores y allá los sentaron. Según la mujer están buscando a un negro, un paquete negro, y que al que lo pesque le van a dar

recompensa, pero eso debe ser embuste: al que diga dónde estás le dan piso y listo, por eso yo no voy a decir dónde estás, que mi Dios me perdone y me ampare. El que me preocupa es Alejandro, que le hagan algo. Esa gente es mala y son capaces de matarlo y tirarlo al río como a ti, lo solucionan todo así. Mira que hace días me contó que le salieron al camino otra vez, el chiquito ese y el que lo acompaña, el tal Calavera, porque en el pueblo está prohibido cargar con cámaras sin permiso de ellos. Él les dijo otra vez que eso no era una cámara, que era un telescopio y que lo llevaba para darles clase a los pelaos en el colegio. Ahí lo dejaron casi tres horas esperando dizque una orden de arriba y no pudo llegar al trabajo. Llegó otro que les decía que esa era una cámara con un lente muy potente y que podía grabar imágenes lejanas, que era mejor llevárselo de una vez para arriba que matarlo, pero que iban a esperar la orden. Entonces la calle se llenó de motos con esa gente, le quitaron el telescopio y se lo pasaban los unos a los otros buscándole no sé qué cosas.

58

El caso es que el tal comandante sí llegó y que trató mal al chiquito por insultar al profesor, pero que le dijo, vea profe, yo le quiero creer que esto no es una cámara con la que está grabando maricadas para mandarle al ejército. Mire que nosotros tenemos un trabajo muy delicado aquí y que el día que aparezca un avión o la tropa a quemarnos una máquina de esas, lo tenemos que buscar a usted para que nos responda. Usted tiene que agradecer, profe, que ya nosotros no somos el mismo grupo de ahora años porque ya usted estaría flotando en el río. Nosotros ya somos una organización y tenemos incidencia política en el territorio, queremos hacer las cosas bien. Así que piense bien cuáles son sus intenciones aquí.

Imagínate que así le dijeron, y yo sé que es verdad porque Fabio el tendero vio, él estaba pasando cuando el escándalo. Ese comandante también le dijo, antes de irse en una moto, que si sabía del paquete informara porque era de vital importancia saber el paradero de esa bolsa. Con razón Alejandro está muerto de miedo, eso es una amenaza; ¿yo qué hago? Si ahora salgo a decir que yo soy el que lo tengo me matan, ¡qué problema el que me armé! Y estoy poniendo en peligro a Pilar, que no tiene nada que ver, ellos la conocen por toda su actividad con las mujeres. ¿Tú me creerías que las miran como si fueran peligrosas? Claro, no ves que la otra vez vinieron unas gentes de Me-

dellín para enseñarles cosas de búsqueda y de eso, y estos manes mandaron vigilantes en moto a rondar toda la mañana y a asustarlas, aunque los asustados parecían ellos. Yo creo que les da pavor ver a esas mujeres reunidas hablando y pensando, más que si llegaran otros armados con ametralladoras. No los culpo.

Mejor voy a dejar que te tape el monte y pongo una seña aquí afuera del matorral. Si a alguien le da por pasar por aquí y ve esto todo limpio, sospecha. Ojalá se olviden de todo esto y entiendan que el río también te pudo haber tragado. ¿Qué necesidad tienen de saber dónde estás, si ya te mataron? ¡Asesinos! Apenas pueda vengo a visitarte otra vez; ya me tengo que ir a llevar el pescao' y a ver en qué le ayudo a Pilar, que estos días está triste por la amiga que no le contesta. Oye, esa mujer, no me lo crees, como que le dio una enfermedad grave, a ella y al marido, que es amigo mío, el dueño de esta chalupa. Ojalá se mejoren, porque nos hacen falta. Juan Carlos cuenta historias buenísimas de Venezuela y ella está buenísima, con el perdón tuyo. Dale, señor el descanso eterno, brille para él la luz perpetua, creo que es así. Mañana si puedo vengo a rezarte, muchacho: acuérdate que si ves a mi Rubencho le das un abrazo y le dices que lo seguimos buscando y que lo extrañamos.

59

—Wendy, te dejo este mensaje porque quiero que sepas que te tengo presente. Yo intento llamarte, pero como no me respondes te dejo este audio para que sepas que estoy contigo en tu enfermedad, y que tu trabajo aquí está seguro para cuando te mejores.

—Te cuento que en el restaurante todo va muy bien, que estamos vendiendo un poquito más, como doce almuerzos diarios, y con eso nos da para llegar a fin de mes. La señora que te está remplazando es muy juiciosa y me ayuda mucho; no te preocupes que ella sabe que solo es tu remplazo y que se le acaba el trabajo cuando tú regreses. Si vemos que las ventas siguen así buenas la podemos dejar medio tiempo, ¿qué te parece? Están viniendo más camioneros y algunos trabajadores de la empresa que antes no venían. Muchos me han preguntado por ti y yo les digo que no jodan que eres una mujer casada, y se calman.

—Aquí va otro audio, Wendy. Yo no sé qué pastillas están tomando tú y Juan Carlos; les voy a empezar a mandar acetaminofén e ibuprofeno, que el vago de Enrique me dijo que esos eran los que debían tomar para el malestar general, pero también dice que, si les sube mucho la fiebre, si les da mucha

diarrea y esas cosas, que sí es mejor que nos avisen para que él vaya o para que vayamos a urgencias. Se los voy a empezar a mandar con Manuel cuando les mande también las sopitas. Ah, y no te preocupes por comida que yo les voy mandando, tú sabes que entre amigas nos cuidamos.

—Otra cosa, es que yo no sé en qué va a parar la vida con doña Aurora. Esa enfermedad la está acabando, si la vieras. Desde la primera quimio se le empezó a ver que la muerte se le paró al lado, Wendy, no la deja tranquila un dolor, el otro, esos mareos tan horribles que no le dan ganas de comer nada. Va de para atrás. Nosotras las buscadoras le regalamos una peluquita que para que no se viera muy feíta, tú sabes que para una es muy importante su pelo, pero ella no se la quiso poner, que estaba bien así y que se sentía bonita así toda calva. ¡Mira pues a esta Aurora! Entonces la llenamos de trapitos y pañoletas que hemos ido haciendo nosotras, hasta un costurero hicimos, y se le ven bien bonitos.

—¡Qué injusticia la vida! ¿Verdad amiga? Todos estos años buscando y ahora esa enfermedad se nos para en la mitad y le va a quitar la vida, y listo, se acabó. Y eso que esa lucha de ella ha sido de toda la vida; primero le hicieron de todo estos desgraciados que no la han dejado tranquila, y esos otros muchachos no le han ayudado en nada; se le ha parado a los problemas solita, sufriendo sola. Yo he tratado de acompañarla, pero ella me ha acompañado más a mí, como si fuera mi mamá.

—Yo tengo miedo de que se muera porque ha sido mi compañera. No me quiero quedar sola en estas luchas de la vida, y cuando la veo el corazón se me rompe como si fuera un espejo, y es que toda esa fuerza se le desvanece y presenciar eso es una tortura para mí: otra tortura. Ella de todas formas va a todas las reuniones que tengamos, dice que no se las va a perder y que le dan un poquito más de vida, ¡mírale la fuerza! Solo falta el día que tiene quimioterapia y claro, porque queda muy mal esa mujer, a punto de morir.

—Wendy, dime una cosa: ¿lo que a ti te pasa es que estás triste por estar lejos de tu familia? ¿O es por las cosas horribles que te dice la gente? Porque si es por eso, no le hagas caso a las insensateces de la gente. Tú sabes que la gente no se conecta para hablar y es muy bruta, creen que son más que los

demás. No entienden que las palabras duelen y que uno no puede andar por ahí haciendo sentir mal a las personas buenas como tú. Nosotros te queremos mucho, mi Wendy.

—Ojalá que no te estén cansando todos estos audios; tenía que desatrasarte de cosas, Wendy. Imagínate que el Manuel y yo nada de nada. Y pensar yo como amaba y deseaba a ese hombre, y ahora no me dan ganas ni de que me toque. Fíjate que me busca, se me acerca, y a mí no me gusta porque siempre está oliendo a licor y a cigarrillo, además cuando ya tiene que responder no es capaz y a mí me da una rabia que hasta le digo que para qué me busca, si yo ni siquiera le gusto. Se queda callado, muerto de pena y me da la espalda. Claro que eso no es su culpa. Yo no sé cuánto dure esto; yo me imagino a esa mujer contoneándose por este pueblo como si fuera la mujer de él y me hierva la sangre. A veces, Wendy, cuando estoy tranquila en la casa, toda enamorada haciéndole comida rica para cuando llegue y pienso, hoy lo voy a querer bastante y le voy a decir que lo quiero y todo, nada más cruza la puerta y me imagino que viene de donde ella y que se estaban acostando y ya me da hasta asco que me toque. Yo sé que estoy haciendo mal, ya pasaron años de eso, pero qué hago con esta rabia, hija. Yo no le quise admitir ese perdón que él me pidió.

—Wendy, yo no te voy a aburrir más. Por aquí veo que estás oyendo los audios, yo con eso tengo. Dale saludos a Juan Carlos y dile que Manuel está preocupado por todo lo que le debe por el préstamo de la chalupa y de la red, que vaya haciendo la cuenta, ¿bueno?

—Te quiero mucho, mi Wendy. Vuelve pronto al restaurante para que cocinemos bastantes cosas.

14

Cuando bajó la subienda, Manuel empezó a buscar otros trabajos. Volvió a los arreglos de electricidad, aunque resultaban pocos, a la venta de boletas de la acción comunal y de la parroquia, e incluso a la venta de lotería, pero esta era tan cara que la gente del pueblo no la compraba mucho. Caminaba por las calles con las manos llenas de talonarios y un bolso colgado en el cuello en el que llevaba los billetes de lotería, pregonando los números ganadores y los premios que se entregaban los próximos días. Pasaba más tiempo en el restaurante, al que también iban Enrique y Alejandro a visitarlo y a comer con él, casi siempre gratis. Pilar los aceptaba porque con ellos ahí, Manuel la ayudaba, aunque ella sabía que era necesario que buscara un ingreso para la casa, por eso intentaba conseguirle trabajos como ayudante de busero, palero, mensajero, o en lo que fuera; él lo intentaba, así al final terminara descubriendo que no era bueno para esas labores y volviera al restaurante a hacer domicilios y limpiar mesas, o a la tienda de Fabio a tomar ron mientras esperaba el contrato como electricista en la contratista que estaba construyendo la subestación y las oficinas de la empresa.

Como palero era lento y débil, según le dijo un volquetero a Pilar; como ayudante era torpe y se perdía haciendo cuentas, dijo un busero; pobre mi

amor, pensaba ella, no sirve para nada más que para conectar cables. Así que lo dejó tranquilo por un tiempo sintiendo una lástima profunda por él, en el silencio cotidiano de la casa, uno que cada vez se ampliaba más y se apoderaba incluso de la cocina, que era el único lugar en el que se permitían hablar o compartir las historias del día. Fue ahí en la cocina, mientras ella freía un pescado que él llevó de la tienda de Fabio, que le comentó sobre el trabajo de vendedor que Carolo, el dueño del almacén Variedades Carolo, que iba a veces a comer al restaurante, le ofreció a ella para Manuel.

—Es sencillo Manuel —le dijo Pilar—. Te entregan una moto con un remolque lleno de mercancía y te vas a los pueblos a vender con un megáfono. Cuando termines te vuelves y el 20 por ciento de lo que vendas es para ti.

—Pero yo no sé vender nada, Pilar.

—Pues aprendes. Ya necesitamos que traigas plata porque yo sola no puedo, estoy cansada y todos los meses son maromas para pagar todo. Ya Fabio nos mira con cara de angustia cada vez que llegamos a fiar y eso me da mucha vergüenza. La plata que deja el restaurante se nos va a acabar y sin eso ya quedamos en la miseria. Entonces avíspate que eres el hombre de la casa.

Manuel recibió el pescado con yuca y le puso suero; no le supo a nada. Estaba pensando en que llevaba días sin ir a visitar al muchacho y se acordó de que esa gente había dejado de buscarlo, o por lo menos eso parecía, pues dejaron tranquilo a Alejandro. Miraba a Pilar que se quedó parada dándole la espalda, comiendo y mirando por la ventana. Cuando hacía eso él se sentía miserable, se odiaba a sí mismo por no ser una persona con la que ella, por lo menos, quisiera sentarse a comer.

—Dile que sí al Carolo ese —le dijo—. Yo me voy a trabajar en esa moto para que veas que sí puedo mantener esta casa.

Pilar siguió comiendo en silencio, uno eterno y doloroso para él, como el que habitaba el cuarto de Rubén con los afiches del Medellín campeón, o el del matorral donde aguardaba el muchacho. Quiso tocarla, abrazarla por la espalda como en otros momentos de su vida; sabía que entre ellos había una

barrera que puso él cuando se aventuró a interesarse por esa otra persona, un interés que marcó sus vidas y que jamás le permitió retornar al estado de paz en el que consistía su casa con su hijo y su mujer. Se acordó del día terrible en que ella supo que se veía con la mujer en una casa cerca del malecón, que se llamaba Martha, que era viuda y que trabajaba en la empresa. Pensó en el poder de los rumores en el pueblo, pues Pilar jamás los vio, pero sabía las horas exactas, el color de la ropa, el tiempo en que estuvieron juntos, en fin, lo sabía todo y tan bien que jamás pudo defenderse o inventar un amparo. La verdad era tan radical y potente que solo pudo decir sí, perdóname, por favor, me equivoqué, no me aguanté, yo te quiero; cada palabra más absurda que la anterior, ya que el agujero en el pecho de Pilar estaba abierto y ningún material iba a cerrarlo nunca, y fue exactamente eso lo que sintió mirando el nudo del delantal en la cintura de su mujer, que seguía dándole la espalda.

Cuando salió hacia la tienda de Fabio ella no volteó a verlo. Él no notó que estaba llorando. Miraba un punto afuera en la calle, una mancha azul en la pared vecina que le parecía el mapa de algún lugar lejano en el que quisiera estar, sola, sin nadie que pudiera hablarle, preguntarle algo o cobrarle nada.

Manuel se sentó en la tienda a ver jugar a Enrique y Alejandro mientras Fabio decía algo sobre una guerra en el Medio Oriente, mas su voz le llegaba como si estuviera metido en un pozo profundo. Es una moto con remolque, pensó. Llena de colchas, tendidos, escobas, ganchos, colganderos, yo puedo vender eso... yo puedo vender eso, pensó sosteniendo la desesperación que se le quería salir por la camisa abierta. Enrique lo miraba sin hablarle y le enseñaba el tablero. Está en jaque en F4, pensó; Alejandro no lo había visto. Yo puedo vender eso, dijo entre dientes, yo puedo vender eso.

Alejandro estaba recostado en el borde de la mesa junto a un montón de botellas de cerveza vacías. Respiraba profundo, como si durmiera, pero estaba pensando en Patricia Domicó mientras sus amigos, también borrachos, lo miraban sin saber qué hacer por él. Si bien los unos y los otros parecían no estar buscando más al muchacho, seguían acusándolo de ser informante del gobierno, por lo que continuaron vigilándolo y enviándole mensajes a su celular sobre el peligro que corría si a las máquinas que trabajaban en el río llegara a pasarles algo. Fue por medio de uno de esos mensajes que Alejandro se dio cuenta de que los unos y los otros sabían que pronto iban a llegar tropas del ejército y que podían traer muchos problemas para la gente. Ese fue también el día en que aparecieron los primeros grafitis, uno en un muro del colegio y otro en la valla en frente del restaurante de Pilar, en la glorieta de la entrada del pueblo, que decían en letras mayúsculas: AGC PRESENTE. MUERTE A SAPOS Y A COLABORADORES.

Alejandro estaba preocupado por su vida. Nunca le había caído bien a los violentos, o nunca les había resultado indiferente. Su miedo aumentó cuando asesinaron a dos líderes de los mineros cerca del parque principal y se regó la voz de que los dos le estaban entregando información al ejército

sobre las coordenadas de las dragas. ¡Mierda! dijo Alejandro. Si me tengo que ir qué hago con Patricia. Patricia era su otro temor; él sabía que estaba casada, mas no tenía otra razón para estar en ese pueblo; tenía una familia en la ciudad, podía conseguir trabajo, vivir en su casa, pero allá no podía tenerla cerca ni el consuelo de que le dijera «buenos días, profesor» cuando pasaba con el marido por alguna calle del parque o en el puerto de las chalupas, vestida con sus trajes de colores y con el cuerpo y el rostro llenos de unos tatuajes de jagua que a él le parecían tan bellos.

—Tienes que irte —le dijo Enrique en un tono duro—. Esas amenazas ya son serias. Esa gente está asustada y un bandido de esos asustado es peligroso. Vete a tu casa, Alejo estelar, que cuando se calme regreses y todo empieza otra vez.

Enrique sabía que el peligro era alto. Les contó en ese momento que había llegado a sus manos un panfleto con algunos nombres, entre los que estaba el de Alejandro Calle, a quienes acusaban de colaboradores del estado, enemigos de la causa, chismosos y demás. Se lo entregó un niño que vino a la tienda con otros que querían que les contara el origen de la rosa de los vientos y para qué sirve una brújula en la navegación fluvial.

—Es mejor, Alejo —dijo Manuel—. No vale la pena que te maten. Mira que hace rato que te están persiguiendo y son gente complicada. No conozco a nadie que haya estado amenazado por esa gente y haya podido quedarse tan tranquilo sin que pasara nada.

Sin embargo, ninguno de los tres sabía que ya la orden estaba dada. Esa misma noche, después de que Enrique y Manuel llevaron a Alejandro hasta el hotel y lo hicieron prometer que se iba en el primer bus que saliera en la mañana, ya el tal Calavera tenía encendido el motor de la carevaca blanca, y el pequeño ese y otros hombres de su grupo estaban listos para una de las noches más terribles que hubieran ocurrido en el pueblo, y eso que en otros tiempos pasó noches terribles y sangrientas. Comenzaron en la entrada cerca de la glorieta que da para Montería, donde se gira hacia el pueblo, al frente del restaurante de Pilar. Ahí tumbaron la puerta de un rancho y sacaron a Félix Moscote, un pescador al que acusaron de informarle a la tropa dón-

de tenían ubicada una draga que el ejército bombardeó hacía dos años. Lo mataron afuera de su casa sin importarles que un grupo de niños se había despertado y suplicaba que les devolvieran a su papá.

Subieron por la vía principal, después del puente grande, y siguieron en dirección al barrio de invasión, donde buscaron primero a Pablo César Arando, un minero, y lo sacaron de su casa en medio del griterío de su mujer, para darle un tiro en el pómulo que lo mató de inmediato. Buscaron después a Guillermo Cotes, también minero, y lo sacaron acusándolo de guardar armamento de la tropa. Lo mataron en la puerta de su casa, pero no encontraron nada. Unas cuadras más allá, al lado de la casa de Wendy y Juan Carlos, tumbaron la puerta del rancho de Idalí Ríos, una prostituta de Puerto Berrío a la que acusaron de ser enviada del batallón Bomboná. Le dieron seis balazos, y a pesar de sus gritos y de las detonaciones, nadie salió a ver lo que pasaba.

Más arriba, llegando al centro del pueblo, le tumbaron la puerta a Rogelio Duque, el representante de los mineros aluviales tradicionales, a quien acusaban de motivar la llegada de la tropa con sus mentiras sobre venenos en el río. Lo mataron en el andén y pintaron un grafiti en la pared blanca de su casa: AGC PRESENTE. FRENTE YEISO LEUDO CHAVERRA. MUERTE A SAPOS.

Cuando llegaron al hotel, Alejandro había empacado una maleta con su ropa, otra con sus libros y otra con el telescopio. Entraron sin ninguna resistencia por la recepción y le preguntaron al trabajador detrás del mostrador cuál era el cuarto del profesor Alejandro Calle. 507, les dijo y salió del edificio cuando ellos subieron las escaleras. El primer golpe en la puerta despertó a Alejandro que se había quedado dormido sin aire acondicionado, ningún otro huésped se atrevió a salir. El segundo golpe reventó la cerradura y cuando entraron ya él estaba sentado en la cama.

—¡El profesor Calle! —dijo el Pequeño. El Calavera y los otros dos tipos revisaron la habitación como buscando algo mientras el Pequeño hablaba. —Estábamos por aquí maestro y nos dio por entrar a saludar a ver fotos con usted —dijo mientras Alejandro los miraba espantado—. A mí siempre me ha preocupado mucho la camarita suya, aunque usted insista en que eso no

es una cámara, pero yo no soy bueno para la tecnología. ¡Usted es un sapo, profe! Y la tarea es limpiar de sapos el pueblo.

Alejandro estaba horrorizado, no podía moverse. Vio cómo desempacaron sus maletas y cómo el Calavera destruyó el telescopio contra el suelo. Cuando el Pequeño le puso la pistola en la cabeza pensó en Manuel y en Enrique, pero no en Patricia. Apretó los dientes y esperó. Los tipos no encontraron nada, ni una fotografía. Buscaron en los bolsillos de las camisas y de los pantalones, pero no hallaron nada. Cuando se fueron, el hombre de la recepción estaba escondido en el basurero del edificio del frente. Los demás huéspedes comenzaron a salir a ver el cuerpo del profesor, que quedó tendido en el suelo, junto a la ventana, al lado del telescopio destruido por el que ya no se podía mirar.

A Alejandro se lo llevaron para Medellín después de una misa que hicieron en el colegio. Enrique y Manuel llegaron tarde porque fueron a llevarles la comida a Juan Carlos y Wendy que, al parecer, se habían ido sin avisar días antes, pues las ollas del día anterior estaban llenas de comida vinagre. Manuel nunca antes vio a Enrique tan triste, primero por la forma cobarde en la que asesinaron a Alejandro y a las demás personas esa noche y, segundo, por Juan Carlos y Wendy, que seguro nuevamente estaban en el camino, enfermos, sin alimento, buscando una vida nueva.

Cuando llegaron, ya los ataúdes estaban en la mitad del patio central, que en realidad era una cancha de microfútbol con las porterías rotas y oxidadas. En el centro había un altar improvisado y todo estaba lleno de sillas plásticas de muchos colores: verdes, azules, blancas, amarillas, rojas... que habían sido prestadas por dueños de locales, entre ellos Pilar. De los seis ataúdes solo había cinco. Guillermo Cotes era cristiano de la iglesia de Casa sobre la Roca, y ni su familia ni el pastor aceptaron que se enterrara en una misa católica. El cura Agustín, un sacerdote que vino de Caucasia nombrado por el nuevo obispo, joven para ser cura, dijo en el sermón que la muerte no tenía que ponernos tristes, que, al contrario, debía ayudarnos a pensar en el

privilegio de los hermanos que se encontraban en la casa del señor.

Enrique murmuraba algo incomprensible mirando a la familia de Alejandro que estaba adelante, cerca de los féretros, mientras Manuel abrazaba a Pilar que temblaba y lloraba, con una mezcla de tristeza y miedo que solo sintió en el momento en que desapareció Rubén y que se matizó durante los años de su búsqueda. El cura siguió hablando de las oportunidades de arrepentimiento que tiene alguien a punto de morir y la posibilidad infinita de salvación que todos tenemos si en el momento de la muerte miramos al cielo y pedimos perdón arrepentidos.

—Este cura es un hijueputa. O sea que antes les debemos un favor a estos matones hijueputas —murmuró Enrique—, como si hubieran tenido mucho tiempo de algo.

—¡Cállate, Enrique! Todas las misas son iguales —dijo susurrando Pilar.

Enrique se fue a la parte de atrás y encendió un cigarrillo cuando el cura empezó a hablar sobre Jesús entrando en el huerto de Cedrón, de los faroles y los guardias, del desprendimiento de Jesús que se encontraba en el borde, ante la muerte. Pensó en que no había visto a Patricia Domicó, que ni siquiera le dio eso al hombre que nunca le pidió nada, que solo estaba allí para sentir su presencia. Entonces sacó unos papeles del bolsillo de su pantalón y leyó para sí:

Espero que pienses que soy río.

Los sedimentos que trae de la montaña, un canto rodado.

Espero que creas que soy el hombre muerto que mece la batea y que mira el cauce.

Las ramas que bajan flotando quién sabe de dónde y traen memorias de eso que fui río arriba, antes de que lanzaran el cadáver, la basura y el mercurio.

Espero que pienses que soy espuma, la enorme

roca que trajo la creciente, y que adentro tiene una concha prehistórica, quién sabe por qué.

Si soy yo el río vengo de lejos, de una sierra, de un volcán. Y espero que pienses que es oro lo que brilla al fondo y no barro... y no cal.

Por lo menos podía venir a esto, pensó. A lo lejos vio a los hermanos de Alejandro que se abrazaban, mientras que el cura hablaba de la oración de Jesús, de la súplica al padre. Vio también que Manuel seguía abrazando a Pilar y que ella correspondía, que le devolvía los besos que él le daba llorando por Alejandro como si fuera su amiga. Entonces leyó otro de sus papeles mientras espiraba el humo de un nuevo cigarrillo:

De pronto esta certeza de que no estás, de que no es tu voz la que está adentro del teléfono, que no es por tu culpa que tengo rabia o que cargo un amor. De repente saber que no me pedirás dinero para un absurdo, que no te quejarás de mí y de mis cosas, que no estarás orgullosa de mis pequeños logros. Así, sin más, esta certeza de que nada te está doliendo y yo, egoísta, anhelando decir que todo está bien, no es para tanto, camina, respira más. De pronto este saber que si marco tu número va a responder una voz que, por alguna razón, se quedó con tu teléfono.

Pobre Alejo estelar, pensó, mirando los cajones en frente del cura, que con los brazos abiertos leía las oraciones del libro, delante de toda esa gente triste que seguramente se preguntaba por la vida, por el miedo, por el futuro. Pobre profe que no sabía nada más que números y estrellas, que jugaba mal y que conversaba mucho. Se acordó de las tardes y las borracheras donde Fabio, de esos días que tomaban café cuando el tendero sacaba pan del horno y cerveza cuando subía el calor. Pensó en su propia rabia cuando él y Manuel se abstraían hablando de los puntos que necesitaba el Medellín para meterse a los ocho, o del culo divino de Wendy, de su boca y su acento, ¡cazadores! pensó, y el corazón se le llenó de una nostalgia que le hizo añorar estar allá con ellos contando goles para que no eliminaran al pobre Medellín, que es más malo que una tos al pecho, como decía Alejo, Alejo estelar, mi muchacho enamorado.

Sacó otro papel del bolsillo y leyó:

No tengo un solo verso entre mis papeles que no suponga una forma de desangrarme.

He perdido litros de sangre tratando de rimar ruina con sufragio, arrimo con camina.

El poema no es otra cosa que un patíbulo, la horca, una flagelación.

No se puede hacer poesía sin gastarse de a poco las reservas de la vida.

Cuando el cura Agustín dio la paz se hizo un desorden de gente abrazándose. Manuel y Pilar se acercaron para abrazarlo y él guardó los papeles. El abrazo de Pilar fue profundo y él sintió su tristeza, que más que por Alejandro, era por ella y por todos, por Rubén, por Aurora. La misa se terminó casi a las cuatro de la tarde, y una multitud acompañó el cortejo hasta el cementerio. Pilar mencionó que hacía muchos años no ocurría algo así en el pueblo. Enrique le entregó a Manuel uno de sus papeles, él lo guardó en el bolsillo de la camisa. A Alejandro se lo llevaron en un carro de la funeraria para enterrarlo en Medellín. Sus hermanos no se despidieron. Por la noche Pilar durmió abrazada a Manuel como hacía mucho tiempo no lo hacía. Lo sintió tibio y le gustó volver a sentir sus latidos. Antes de acostarse ella había doblado la camisa que Manuel dejó en el piso y encontró el poema:

Me quedan, para mí, las cartas que una vez escribí, los días del mercado, la tierra que pisé en busca de refugio.

Me queda toda la belleza que pude ver, la que me dolió en los ojos, la que portaron mis manos y soportó mi piel.

Solo eso me queda y me resulta suficiente.

Pilar no abrió el restaurante durante varios días. Llamó a la señora que le estaba cubriendo la enfermedad de Wendy y le pidió que dedicara esos días a hacer una buena limpieza. Pusieron un letrero que decía: CERRADO TRES DÍAS POR MANTENIMIENTO. Manuel la dejó en silencio y se fue, en compañía de Enrique, a vender cachivaches de pueblo en pueblo en una moto.

Hacía mucho tiempo que Pilar no podía dormir hasta tarde, sin la necesidad de levantarse a despachar a su marido o a hacer los preparados del restaurante, así que estaba descansando, o tal vez, sobrellevando el nuevo vacío que dejó su amiga Wendy con esa partida inesperada y sin despedida. Al principio, cuando Manuel le dio la noticia de que en la casa ya no había nadie y que se fueron dejando todo; la red, la chalupa, las herramientas de Juan Carlos, sintió rabia, pero luego pensó en la vida de su amiga y su esposo y aceptó que siempre les había tocado marcharse así, sin decir y sin saber. Aunque saber eso y tener la certeza de que la realidad de su país convulso los había convertido en unos viajeros, o más que viajeros, en errantes, no le quitaba el vacío que le dejaron y que hacía un poco más amplio el agujero que ya habían abierto la ausencia de Rubén y el desamor de Manuel.

En la mañana, después de los destinos, Pilar cocinaba, no como lo hacía en el restaurante, sino para sí misma, como una forma de atenderse y de acompañarse. Uno de esos días, el que más sola se sintió, se hizo muchos dulces. Hizo una canasta de bollitos de coco envueltos en hojas de plátano, de la que se comió cinco con una taza de café. Más tarde se hizo diez alegrías y las metió en una cajita de cartón para mandárselas a doña Aurora que, aunque no estaba comiendo mucho, siempre le pedía estos dulces para comerse los sola. Luego despulpó una guanábana y seleccionó algunas moras para hacer marquesas cartageneras como las que hacía su abuela, y recordó que a Rubén le gustaban igual que a ella, mi niño, te las comerías todas, pensó. En la tarde rayó queso y coco para hacerse el enyucao' que le gustaba a Manuel, y cuando estuvo listo se sirvió más café y se comió un pedazo. A ella no le gustaba tanto el anís, pero le puso una buena cantidad porque Manuel lo disfrutaba mucho y lo olía profundamente porque era su olor preferido.

Entrando la noche sacó de la nevera un bagre con el que le pagaron un trabajo a Manuel y lo cortó en rodajas, rayó tomate y cocinó chontaduros. Quería hacer un pescado en salsa de chontaduro que le enseñó doña Aurora, con ajo, pimentón, leche de coco y caldo. Hizo un guiso en el sartén y, en el caldo de pescado, licuó el chontaduro que posteriormente agregó al guiso. El pescado lo puso después y, cuando estuvo cocido, agregó la leche de coco y un poco de crema de leche. Al final corrigió los sabores con sal y pimienta y se sirvió un poco en un plato con arroz y aguacate.

Comió con gusto a pesar de que durante el día había comido mucho dulce y que el estómago estaba resentido. Agradeció que Manuel no estaba y que la casa era para ella sola, certeza que le puso otra vez el vacío en el pecho. De nuevo el deseo de ver la casa empantanada porque el muchachito no se quitó los guayos afuera, antes de entrar; las ganas de estar peleando por encontrar las medias sucias debajo de la cama y saber que esa era la causa del olor horrible del cuarto. Otra vez se le puso la presión en la garganta por querer verlo robándose las cocadas y las alegrías de los frascos que eran del restaurante; o el deseo profundo de decirle no, mil veces no, cada vez que le insistía para que lo dejara irse a la ciudad a ver jugar al Medellín, con la parranda de vagos que se iban en un bus alquilado desde el pueblo. Mi niño, mi

niño, mi muchacho, pensaba y lloraba sola en la mesa de la cocina. Ojalá no tengas frío, ni hambre, ni sueño, que no te pase nada, que no te duela nada. Que alguien te haya cuidado, que te hayan querido, qué mal horrible el que me hicieron, Rubén, mi niño. Eso no se le hace a una madre que lo único que busca es querer a sus hijos, pero me hicieron esto que yo no sé qué es, que uno no entiende si estás, si no estás, si eres un fantasma o si andas por ahí perdido haciendo mal.

Yo por más que rezo no entiendo por qué Dios no habla como yo quiero que hable; no me dice nada, todo es este silencio, mi niño, y te sueño y no te entiendo. Yo te siento tan solo, tan solo, que me dan ganas de irme corriendo y abrir huecos en la tierra a ver dónde estás, a ver si te metieron entre un pantanero o entre unas piedras y sacarte a las malas, parirte otra vez de ahí, de un tierrero. Y así lloraba sola mirando por la ventanita de la cocina, que se le hacía como un portal hacia una oscuridad donde se le reflejaba el agujero que tenía en el pecho y que no se podía llenar ni con todos los dulces que pudiera hacer en un día entero.

Lloró hasta que sonó el teléfono y la voz de Manuel la sacó del silencio. Sí, mi amor, he vendido, vendí una colcha, Enrique pregona por el megáfono y yo manejo, amor, y nos morimos de risa, este man es un caso. Vendimos una vajilla entera y cambiamos unos platos por un aretico de oro con buena ley, unas cortinas por unos anillos de plata; me está yendo bien. Ahí nos estamos quedando en residencias y Enrique me está enseñando a jugar. Yo te aviso cómo nos va mañana, duerme bien, come bien... y a ella se le encendía una lucita lejana en esa bruma oscura que tenía en el pecho cuando él la llamaba. Sin embargo, las preguntas sobre Wendy la regresaban a sí misma; por qué se fue sin decir, pobrecita, y recordó de golpe la historia de su amiga una tarde cuando estaban lavando la cocina del restaurante, esa en la que una mujer le dijo que los venezolanos eran como animales que todo lo destruyen, y que ella se sintió así, como esos animales de monte que se metían en la casa en Puerto Cabello y que su abuelo los sacaba con un palo y ellos se escabullían para volver al monte. Así se sentían cuando se montaban a un bus en el que alguien escribió con marcador sobre las sillas «muerte a venecos», «venecos asquerosos», «venecos de mierda».

Pobre niña, pensaba y se acordaba del llanto de su amiga contándole que en Montería había letreros en los negocios que decían «no hay trabajo para venezolanos» y que, cuando la veían, muchos hombres le hacían creer que de puta sí había. Así que comenzó a creer con más fuerza que ella y su marido en realidad eran esos animalitos que su abuelo echaba y que hacían parte de manadas más grandes que salieron de un monte donde ya no había comida ni nada, donde ya vivir era tan difícil como irse y dejar el mar más hermoso de la tierra, para andar muertos de hambre por caminos en los que nunca eran bienvenidos.

Con razón se fueron, y pensó también en qué hacer con las cosas que dejaron en la casa; alguien podría llevárselas y apoderarse del rancho que ellos hicieron. Entonces pensó en decirle a Manuel que fueran a ordenar las cosas para que no se las robaran y que los amigos pudieran volver si querían, pero tenía que ser cuando se calmaran los unos y los otros, que estaban asustados con la llegada del ejército, que ahora sí les iban a poner el tate-quieto. Y pensando en eso le fue dando sueño y se acostó sin cambiarse ni lavarse los dientes. Soñó con Rubén, como casi siempre, que la llevaba por un bosque a mostrarle una cascada que nunca encontraban, y luego con Wendy; que se la llevaba una creciente en un río muy hermoso, pero que después era ella la que iba río abajo en medio de árboles caídos, rocas gigantes y gente sonriente que también iba río abajo, en un río esmeralda, pero crecido.

Al caer la puerta de Idalí, Juan Carlos lanzó un chillido desde el fondo de la madriguera que él mismo había excavado en el suelo de tierra del rancho. Wendy estaba acurrucada a su lado y mordisqueaba un fruto. Unas horas antes la transformación había terminado y los dos se metieron en la madriguera oscura que llenaron de hojas y ramas, temerosos, pues afuera se oían ruidos constantes, como si se tratara de depredadores, pero solo era gente que pasaba, a veces Manuel que dejaba la comida y saludaba intentando ver por las juntas de las tablas, y en la noche los unos o quizá los otros, nadie sabe, tumbando la puerta de la vecina que se portó tan bien con ellos y que durante los días de la peste se acercaba a preguntar cómo seguían o si se sentían mejor.

En la mañana, cuando aún podía hablar, Wendy le dijo a Juan Carlos que si se curaban quería regresar a Venezuela y que no le importaba morir de hambre allá, que daba igual, porque se moría con su mamá y sus hermanos. Sin embargo, aunque no se lo dijo, él pensó que no se curaría; no era posible que sus brazos pudieran ser los de antes, se habían encogido demasiado después de una serie de fracturas que transformaron los huesos en estructuras delgadas y débiles, y las manos en unas garras sin pulgar que no

podían agarrar nada. Era imposible que de un día para el otro perdieran todo el pelo que les cubría el cuerpo y que los ojos dejaran de ser esas esferas completamente negras en las que se habían convertido y que, extrañamente, les permitían ver con más claridad en la penumbra del rancho. Además, ella misma llevaba días encogiéndose y cada vez que el cuerpo comenzaba ese proceso el dolor era espantoso, como de huesos que se fracturan, se estiran, se separan.

Ese día en la tarde todo empeoró. Juan Carlos, recostado en el suelo con dolores en las piernas, que se rompían en muchas partes mientras tomaban la forma de unas patas de roedor que concluían en unas garritas con dos dedos cortos y tres largos, que en su transformación lo hicieron sentir como si alguien con un hacha se los quebrara y los sacara de entre las uñas, veía a Wendy debajo de la cama con un brillo en los ojos, arqueándose de dolor mientras sus vértebras se doblaban y le daban un aspecto encorvado. La mandíbula se desencajó con el chasquido de una rama que se quiebra, y el dolor estuvo a punto de hacerla desmayar, pero el susto de sentir cómo perdía, uno a uno, los dientes de su boca, la mantuvo despierta lanzando gritos que salían de su garganta como unos chillidos que Juan Carlos no quería escuchar, pero sus manos, ya garras, no alcanzaban a sus orejas que se desplazaron hacia la parte más alta de una cabeza ovoide y peluda.

Wendy sentía el rostro entumecido mientras emergía un hocico y su nariz se desplazaba hacia arriba y se desgarraba, dejando al descubierto un músculo sanguinolento que logró arrancarse ella misma con las garras de cuatro dedos que ya se habían formado. Ya no podía erguirse y le habían salido una serie de denticillos afilados que le cortaron las encías y le dejaron un gusto a sangre en la boca.

Frente a ella, Juan Carlos estaba en cuatro patas sobre un charco de sangre y vómito; ella alcanzó a ver el color rojizo de su pelaje y las marcas blancas en el lomo, desde el cuello hasta la cola. Sintió repulsión al ver los bigotes, los ojos que brillaban en esa oscuridad, las orejas redondeadas y la figura encorvada de ese animal que ya no se parecía en nada a su marido. En la habitación solo se oían los chillidos de los dos, sus gruñidos, y se borró

toda memoria y toda palabra. Anduvieron en la penumbra hasta que, entrada la noche, cavaron un agujero en la parte de atrás de la casa y sigilosamente buscaron frutos en los árboles cercanos. Volvieron y ella se acurrucó debajo de la cama mientras él cavó una madriguera. Afuera ya el Calavera conducía camino a la invasión, cumpliendo sus órdenes, mientras Idalí, tal vez, se despedía de sus hijos antes de dormir, esperando una noche plácida, sin sentir la muerte cercana, porque es mentira eso que dicen, que quienes van a morir sienten la muerte, eso es embuste, eso solo es imaginación.



Manuel notó que Enrique estaba contento. Andaban de pueblo en pueblo en esa moto de cien centímetros cúbicos que les entregó el dueño de Variedades Carolo, arrastrando un remolque repleto de mercancías: colchas, cubrelechos, cortinas, vajillas, camisetas, ropa para dama, chancletas, ganchos de ropa, colganderos, parrillas de arepas, ollas, pantalones para caballeros, cucharones, cuadros del divino niño, cirios pascuales, platos y ollas de peltre, jaulitas trampa para pájaros, desodorantes, cremas y cepillos de dientes, pomadas para los dolores, en fin, de cuanto cosa pudiera venderse o intercambiarse por cadenas o aretes de oro de buena ley.

Mientras Manuel manejaba, Enrique pregonaba con el megáfono anunciando los productos, como si informara sobre un espectáculo de circo o un mercadito turco, acérquese a la carreta, no se pierda el espectáculo del comercio, jeans, bolsos y zapatos, correas de cuero, tenis originales, vajillas Corona, compren para no tener que botar todo esto que está regalado. Cortinas, desodorantes, pomadas para el dolor en los huesos... y se detenían a atender a la gente que preguntaba por los voladores o las vajillas, a quienes se medían los zapatos o los blue jeans mientras Enrique los tapaba con una toalla. Manuel raspaba en el suelo los aretes y anillos de oro para comprobar que

no fueran falsos y negociaba una vajilla o unos cucharones porque no era de buena ley o porque no pesaban mucho.

Fue en uno de esos recorridos entre un pueblo y otro, en el silencio de una carretera destapada, en la que solo estaban ellos dos y las bandadas de pájaros que se sacudían al paso de la moto, que Manuel se aventuró a preguntar por la carta. —Ya la terminé, mi Manu —respondió él. Por lo que Manuel sintió un vacío en el estómago idéntico al que sintió cuando escuchó la voz de Fabio afuera de su casa diciendo que habían asesinado al profe en su cuarto de hotel.

—¿Y cuándo la vas a mandar? —preguntó, y Enrique guardó silencio un instante.

—¿Tú sabes quién es Ciorán? —preguntó al rato.

—Yo soy un electricista que vende güevonadas en una moto, Kike, qué voy a saber esas cosas —. Enrique se rio y se apretó a Manuel que aceleraba.

—Es un man que hablaba mucha cosa, del sentido de la vida, que la existencia era una tontería... y el tipo nunca se mataba que porque esa solo era una opción que tenía, hasta que perdió la memoria y terminó por no hacerlo. Yo creo que soy Ciorán.

—¿Estás perdiendo la memoria? —preguntó Manuel, y ambos se rieron, justo cuando vieron las primeras casas de un corregimiento al que llamaban El Abandono porque durante los años más duros de los paramilitares todo el mundo en ese caserío se fue y no volvieron hasta que se habían ido. Ahí la gente salió en romería a comprarles cosas y Enrique se reía haciéndole chistes a la gente como si los conociera de siempre, miserables, les decía entre risas porque regateaban el precio de una olla de peltre, y hasta se aventuró con éxito a sugerirle a una señora que les diera el almuerzo con pescado frito a cambio de unos pocillos que no valían ni la mitad de uno de los platos; ella se los dio, más que por los pocillos, porque Enrique le cayó bien y le recordó a un hermano que se quedó viviendo en Medellín después del destierro.

Manuel pensaba en Pilar y en la falta que le hacía, y por momentos

olvidaba que al volver no encontraría a Rubén, a quien planeaba contarle la historia del viaje con Enrique en «la moto-circo», como comenzaron a llamarle. Más adelante, en otro caserío, pararon a descansar, pero mucha gente se acercó a comprar y terminaron haciendo negocios y comiendo empanadas donde una señora que aseguraba conocer a Pilar, la cocinera del restaurante de la glorieta, claro, la bajita que atiende con la venezolana que parece una muñeca divina, las mejores empanadas del mundo: estas no son nada comparadas con las de Pilar Cano, y Manuel asentía porque sabía que era cierto, que las empanadas de su mujer eran lo más hermoso, aunque no las hacía desde hace mucho.

Cuando llegaron al pueblo siguiente ya no tenían muchos productos, así que se quedaron en una residencia para mineros en la que solo había un cuarto que ellos tomaron, a pesar del rostro de asombro del tipo de la recepción; este pensó que somos maricas, dijo Enrique muriéndose de risa escalas arriba; ahora le llevan el chisme a tu mujer y acabo de caerle más mal. Por la noche jugaron ajedrez y se tomaron media botella de ron que bajaron a comprar a la recepción. Conversaron mucho, de Alejandro y sus asteroides, de ese filósofo del que habló Enrique, de Pilar y de la mamá de Enrique que decía que uno tenía que viajar, razón por la cual estaba tan contento, se sentía haciéndole un homenaje a ella; gracias, mi Manu, decía ya borracho acostado boca arriba, gracias por invitarme a tus ventas. Todos estos días he pensado en un sueño que tuve hace años con ella, el único en el que le vi la cara, porque nunca se deja ver, y me decía mijo, no se venga para acá que eso allá es más bonito; en ese momento no le entendía, no sé por qué. Hoy que me acordé del huevón de Ciorán pensé que tal vez lo que le pasaba al tipo era que al final la vida no le parecía tan horrible. Y yo cuando paso por el río siento eso tan hermoso ahí cerca, y donde Fabio hablando con la gente... y veo a esa mujer tuya con esa fuerza, ese genio de loba, buscando a ese pelao' y empapelando todo, reclamando, ¡eso es vida, Manuel! Y yo no me quiero perder el espectáculo de esas mujeres encontrando a los muchachos, de vos consiguiendo ese trabajo en la empresa, ¡burócrata!, pero recibiendo tu sueldo, no me la voy a perder. Y Manuel sintió un alivio, un peso menos, y se durmió escuchando una historia del barrio en Medellín, de una callecita en

la que se crio Enrique con sus hermanos y que parecía magia que esa calle de casitas juntas y campesinas quedara justo en la playa, en pleno centro, increíble, pero cierto.

Cuando se despertó estaba tarde y Enrique ya se había bañado. Caminaron por ese pueblo polvoriento y lleno de mineros, tomaron tinto en un quiosco junto al río, se comieron un pescado entre los dos e hicieron las cuentas de las ventas. Fue después de eso que Manuel, cuando fue al baño, encontró el cartel pegado en la pared de la cocina del quiosco; era él, el muchacho, claro, y le temblaron las rodillas: la nariz ancha, la frente amplia, los pómulos subidos, el cabello ensortijado, la cicatriz en el mentón, claro, mi muchacho, se busca desaparecido, JHON DIDIER MOSQUERA, 22 años, camisa de tal color, pantalón así, claro, mi muchacho, yo sé dónde estás. Entonces lo arrancó y se lo llevó a la mesa temblando.

—¿Qué te pasó Manuel?

—Nada, mira esto, este muchacho...

—¿Cuál muchacho? ¿Qué fue?

—Nada, Kike, que yo sé dónde está, hay que llamar. Y Enrique sin poder creerlo le devolvió el cartel y camino al hotel le escuchó toda la historia, cada detalle.

—Yo no te puedo creer que seas tan pendejo, Manuel —le dijo— o tan verraco.

—No, ni lo uno ni lo otro: yo soy papá, Enrique, y a mí me hicieron lo mismo; eso es un infierno que no le deseo a nadie.

Cogieron sus cosas y arrancaron en la moto buscando un teléfono público; Enrique le convenció de llegar a pueblo, que desde allá llamaran, y emprendieron un viaje en el que Manuel contó varias veces la historia de cómo lo encontró, del gallinazo encima como paseando, del matorral, de la cuadrilla de pescadores que estuvo a punto de descubrirlo, de sus visitas, de todo. Enrique se sintió orgulloso del amigo y agradeció ser testigo de la historia del hombre que les mostró a unos padres dónde estaba su hijo desaparecido.

Tardaron tres horas en llegar al pueblo, y apenas dejaron la moto con el remolque donde Fabio, buscaron un teléfono seguro para marcar el número que traía el cartel, sí, señora, disculpe, es por el cartel de Jhon Didier Mosquera, vea, yo sé dónde buscar: hay unas rocas de tal forma, le toca llegar en chalupa, yo le voy a dejar una marca y va a ver un matorral tupido; voy a poner una camiseta o un trapo rojo, sí señora, no le puedo decir quién soy, entiéndame, pero créame. Todo se lo dijo al lado de Enrique que no se movió ni un segundo y que lo acompañó a la invasión hasta la casa de Juan Carlos para coger la pala y el rastrillo, con el fin de ir a poner marcas y señas que sirvieran para que alguien pudiera encontrarlo. Buscaron la chalupa que estaba amarrada con las de los pescadores y remaron hasta allá sin ninguna precaución, sin mirar quién los veía, y mientras ordenaban, limpiaban y colgaban el trapo rojo, no se dieron cuenta de que mucha gente les vio el afán y la carrera, que podrían estar preguntándose qué hacían por allá río arriba, en ese monte, qué escondían, qué tenían por allá guardado.

Muchacho, decía Manuel mientras quitaba las ramas y la hojarasca con el rastrillo, te va a encontrar tu mamá, muchachito, y Enrique juntaba rocas para trazar un camino desde el río hasta el matorral. Padre nuestro, continuaba Manuel, te van a hacer una misa, muchacho, te van a velar en la sala de tu casa, te van a llorar en cuerpo presente, santificado sea tu nombre, dijo, mientras Enrique le ayudaba a limpiar el matorral para que nadie se lastimara al entrar. Se quedaron pasmados cuando sintieron el motor de una lancha acercándose, y mucho más cuando apagaron justo en frente del matorral, dos hombres, seguro de los unos o tal vez de los otros. Permanecieron quietos en el interior del matorral, escuchando lo que decían sobre guardar por ahí no sé qué cosa, unas canecas de combustible, algo así, y Enrique estaba temblando de miedo y sudando, con la camisa empapada. Debe haber un pescador por ahí cagando, dijo uno señalando la chalupa; cagando o culiándose a la moza, dijo el otro después de hablar por un radio diciendo que sí, que ahí podían descargar, que estaba bueno el lugar, se fueron a toda velocidad mientras el cuerpo de Manuel estaba a punto de reventarse del miedo.

—No nos podemos ir, Manuel. Esos hijueputas nos matan si nos ven salir de aquí. Volvieron estos cobardes.

—No se habían ido —respondió Manuel—. Estaban en los nidos mientras tanto, haciendo planes y organizándose. Así siempre han hecho las cosas: primero salen a matar y parece que se fueron, pero están guardados esperando la forma de volver a hacer daños. Uno no se libra de esos malparidos así de fácil.

Enrique y Manuel se quedaron ahí hasta que oscureció, temerosos de que volvieran a aparecer. Cuando pudieron salir llegaron a la otra orilla en la entrada al pueblo y los pescadores que tiraban redes les preguntaron qué les había pasado, para lo que Enrique se inventó una historia de siembra de alevinos, de una roca en la ciénaga que casi los voltea, de la red enredada en algo, hasta de un pescador fantasma que no los dejaba pasar y por eso estuvieron toda la tarde por allá perdidos, claro, porque los fantasmas lo pierden a uno en el río, lo embolatan y hasta lo harían ahogarse si no se rema con cuidado.



Doña Aurora se fue un jueves, el mismo día en que comenzaron los combates en una vereda río arriba, que se llama Pescadero. La gente empezó a llegar en chalupas y cargados de trasteo, de niños, de ancianos, y al llegar contaban la historia de los muertos tirados, de los campos minados, de las listas, como si hubiéramos retrocedido el tiempo veinte años y aparecieran los fantasmas de esa época a matar lo que les faltó por matar en ese tiempo. Una mujer contó cómo se llevaron a su marido porque una vez le dio sepultura a un antiguo guerrillero; otra contó que su casa la rodearon de minas quiebra patas porque por ahí iba a pasar la tropa; otro dijo que a su hijo mayor lo obligaron a tomar las armas: una máquina del tiempo.

El alcalde dispuso del coliseo para atenderlos, y cuando ya no cabían convenció al cura de que cancelara las misas, y al rector del colegio para que anulara las clases, así esa gente pudiera quedarse allí. Primero los llamó migrantes; asegurando que era una migración masiva por motivos económicos, pero luego, ante la evidencia, aceptó que era cierto lo de los combates, cuando llegó parte de la tropa para exigirle que enviara la volqueta municipal a recoger los cuerpos en descomposición que estaban tirados por todas partes. Dijo entonces que eran desplazados por combates dispersos; solo cuando el

comandante de la brigada en persona se apareció prometiendo retomar el control de la zona, se tomó en serio que los combates eran por el dominio de las rutas de tráfico y por la explotación de oro y maderas.

Enrique siempre dijo que la peor maldición de esa región era ser tan rica, y tenía razón. Después de que se fueron los antiguos paramilitares y las viejas guerrillas aparecieron estos otros que uno no sabe quiénes son ni de dónde vienen, solo chismes de que son lo que quedó de las guerrillas, los paracos que vivieron escondidos entre nosotros un tiempo, pero ya no tienen nombre o identidad, salvo cuando rayan paredes llamándose a sí mismos Autodefensas Gaitanistas, como si a Gaitán le hubiera gustado tremendo adefesio, diría Enrique. Ahora estaban en todas partes sin estar, visibles, pero sin que nadie pudiera identificarlos correctamente y ejerciendo una presión constante sobre todos los modos de vida en muchas partes.

Fabio el tendero estaba molesto con la llegada de toda esa gente, y más con el hecho de que tuviera que mandar suministros de su tienda para que comieran gratis, como decía, que este es el único país en el que los campesinos comen gratis, que porque les debemos, ¡increíble! Y gruñía como un felino cuando se acercaban o cuando los veía por ahí en el pueblo.

Pilar estaba triste por Aurora y preocupada por la situación; estaba rolando un panfleto que amenazaba a todos los que armaran alboroto y chisme en el pueblo, y su búsqueda siempre fue incómoda para mucha gente. Sin embargo, era más grande la tristeza que sentía por sus amigas que el miedo, por lo que le dijo a Manuel que cuando despidieran a Aurora la acompañara a organizar el rancho de Wendy, así cuando ella y su marido volvieran lo encontrarán limpio y habitable. A doña Aurora le hizo una ollada de arroz cubano que le había prometido hacía días y unos bollos limpios envueltos en hojas de plátano, con bocachicos fritos y patacones, consciente de que sus dolores no la dejarían comer, pero segura de que le haría bien saber que eran por cariño; le dio lo mismo a Manuel y Enrique, que la iban a acompañar para revisar a Aurora y ponerle un medicamento antes de empezar el viaje.

Las últimas sesiones de quimioterapia que se hizo en Caucasia la habían deteriorado mucho. Perdió peso y el poco cabello que le quedaba se terminó

de caer, como si fueran las hojas de un árbol seco. Entre vecinas y buscadoras hicieron turnos para cuidarla y cocinarle; ya comía poco y cuidarla se resumía a sentarse a su lado y escucharla quejarse la mayor parte del tiempo, limpiarla, ayudarla a bañarse y esas cosas de alguien a punto de morir. Por pedido de Pilar Enrique comenzó a ir dos veces al día para limpiarle el catéter de drenaje biliar, pues el cáncer se había convertido en un turista que ya viajaba por todo su cuerpo; también le suministraba medicamentos para el dolor que él mismo compraba, sabrá Dios cómo, y la hacía reír con chistes e historias que se inventaba, por lo que a ella le gustaba que él fuera. Le cogía la mano, le decía que no iba a ver a su niño. ¡Claro que lo vas a ver Aurora! ¿O es que crees que aquí se acaba todo?, le decía para que estuviera tranquila.

Se iba para Medellín con unos familiares que se comprometieron a ayudarla y a llevarla al tratamiento, e iban a buscar una cirugía que podría mitigarle alguno de los males. Enrique mismo la bañó, y tal vez para que se sintiera más tranquila, ese día se puso una bata de médico que le prestaron el hospital y la auscultó con el profesionalismo de un científico, pero con el cariño de un amigo. Es la vida fluyendo, mi Manu, dijo cuando encendieron el motor y ella estuvo cómoda en la silla. La vida fluyendo, hermano, ese no es el fin de nada, porque la vida es un sistema muy grande, uno después se transforma y pasa a ser otra cosa, otra forma de la materia, siguió diciendo mientras las amigas buscadoras se despedían convencidas de que era la última vez, el último abrazo.

Pilar lloró y maldijo por mucho rato, mientras Manuel y Enrique estuvieron callados en la mesa de la cocina. Escucharon cómo desde el cuarto peleó con Dios y lo llamó holgazán, asesino, matón de gente buena, y cómo después le decía padre bueno dame vida para ver de nuevo a mi hijo. Manuel hizo café para los dos; ella tosía sacando el aire sucio y contaminado de la existencia en este mundo horrible en el que no se puede vivir tranquila. Horas después salió del cuarto con un vestido naranja con bolas blancas que a Manuel le parecía que se le veía hermoso. Lo abrazó y al oído le dijo que lo quería, que gracias, y él sintió un latido plácido que hacía años no sentía.

—Vamos por las cosas de Wendy —le dijo, y Enrique se quitó el disfraz

de médico. La casa de los amigos era un rancho de tablas idéntico a todas las casas de la invasión, un barrio que la gente se tomó a la fuerza años atrás y que seguía creciendo con los años. Ninguna casa tenía alcantarillado, por lo que un caño de aguas negras expuestas corría frente a las casas, donde los niños jugaban, y cada vez que llovía las aguas del río se metían y todo se inundaba, así que había pilas de ladrillos afuera de las casas para subir las cosas en la inundación. La lucha más grande de la gente allí era por la permanencia, pues el lote que ocuparon era de la empresa minera y todos esos años los habían querido expulsar de muchas formas: a las malas con la policía, o por medio de engaños naturalistas, de salubridad o con amenazas directas sobre los líderes comunitarios.

La de Wendy y Juan Carlos era de un azul pálido y rosado, como casi todas las de esa calle. Manuel empujó un poco la puerta y sintió que estaba bien asegurada con un candado por dentro, así que con Enrique buscó un palo en la parte de atrás, donde Juan Carlos guardaba la herramienta, y encontró uno largo, el cabo de un azadón, y lo llevó para hacer palanca y romper la bisagra en la que estaba el candado.

Cuando la puerta se abrió todo estaba oscuro, pero entraba luz por las uniones de las tablas. Había tierra suelta y hojarasca, frutos y comida despedazada, excrementos de animal de monte en todas partes.

—Huele horrible —dijo Manuel con el palo en la mano.

Enrique caminó un poco más hacia la cocina y escuchó el chillido de un roedor, lo que lo obligó a mirar la madriguera en el suelo, junto a la nevera.

—Mira esto, Manuel, seguro un animal se apoderó de esta casa —dijo, y al acercarse notaron que al fondo de la madriguera había dos pares de ojos brillando y se escuchaba un gruñido.

—Préstame la linterna, Pilar, la del celular —dijo Manuel.

Al iluminar el interior de la madriguera vio la pareja de roedores, uno acurrucado detrás del otro, que mostraba los dientes filosos y lanzaba unos chillidos furiosos de animal acorralado.

—¿Son ratas? —preguntó Enrique.

—No, qué va, son guaguas, guartinajas —respondió Manuel—. Son animales de monte, uno los ve junto al río, se comen.

—¡No! —dijo Pilar—, no nos los vamos a comer.

Entonces Manuel metió el palo para espantarlos y salieron corriendo por todo el cuarto, a toda velocidad, buscando un agujero en el suelo, detrás de la nevera, para perderse en el monte. Enrique nunca había visto una guagua y se quedó pensando en cómo llegaron a ocupar la casa. Entre los tres ordenaron y limpiaron todo. Sacaron los restos de comida vieja de la nevera y de las cajoneras, sacaron los excrementos y el nido de las guartinajas, y airearon el cuarto. Manuel encontró en una cajonera, en la que había objetos y ropa de su amigo, una bolsa llena de arena, conchas y corales, junto con una foto de Juan Carlos en la proa de un barco de pescadores, un poco más joven. Guardó la foto en el bolsillo y se llevó la bolsa de arena. ¿Por qué dejaron todo?, pensó Pilar, ¿por qué irse sin llevarse las pocas cosas que consiguieron? Como si no importara el equipaje, como si ya no quisieran andar por ahí empujando un carrito con nada. ¿Por qué renunciar al rancho que hicieron ellos mismos, a la pesca y al río?, siguió pensando mientras miraba la bolsa con los corales, casi entrada la noche y sudando con el calor horrible del pueblo a esa hora.

Camino a la casa, Manuel recordó una sopa que hacía su abuela, en Córdoba, con las guartinajas que cazaban sus tíos, con tomates y plátano, con leche de coco y ají, y se acordó que era deliciosa. Si bien pensó en por qué el candado de la puerta estaba por dentro, no le dio importancia. Lo cierto era que Wendy y Juan Carlos se habían ido sin llevarse la tierra, al igual que Aurora y Alejandro, y que, como pintaba la cosa, estarían monte adentro, todos terminarían yéndose quién sabe a dónde y quién sabe con qué.

Manuel se despertó por el ruido que Pilar estaba haciendo en la cocina. Movía ollas, lavaba platos, freía algo en aceite caliente y tenía el celular sintonizando la emisora del pueblo que informaba sobre nuevos combates en Pescadero, La Casita, El Juncal, Bahía y La Serrana, veredas cada vez más cercanas al pueblo. No habían dormido bien en las últimas noches, después de escuchar el rumor acerca de un panfleto de las AGC que supuestamente se repartió en la vereda La Serrana, cerca al casco urbano, en el que aparecía el nombre de Pilar Cano entre muchos otros. Ella no solo estaba asustada, sino que estaba furiosa y frustrada, pues la búsqueda de su hijo era una lucha que comenzó con todo el derecho que tienen las víctimas de este país, que es una enorme máquina de borradura de memorias y de nombres, aniquiladora de historias.

Manuel se sentó y con los pies buscó debajo de la cama las chancletas, para no caminar descalzo. Era un cuarto pequeño en el que cabía una cama matrimonial de estructura tubular y un tocador viejo que heredaron de los padres de Pilar, y que en el espejo tenía pegadas las fotos de Rubén cuando era niño, sentado en una silla, corriendo, metido en una cubeta de agua, riéndose envuelto en una toalla y con flores rojas al lado; una en la que se veía

un poco más grande, serio, posando para el fotógrafo. En la mesa del tocador un montón de frascos con cremas, perfumes, papeles y un vaso con agua que Pilar llevaba para beber en la noche. Al lado había una canasta llena de ropa sin doblar y, al fondo, a los pies de la cama, una fila de zapatos de los dos. En las paredes había cuadros con imágenes del corazón de Jesús, un almanaque de la tienda de Fabio con imágenes de la virgen, y una foto del día en que se fueron a vivir juntos, en la que Pilar tenía un vestido de flores rojas y una balaca, y Manuel tenía una camiseta del Independiente Medellín y una gorra verde que decía American Gold Mine Company S.A.

—¿Qué haces? —preguntó Manuel ya en la cocina.

Pilar, sin mirarlo, seguía cocinando y ordenando cosas. Había hecho arroz con papas cocidas, carne frita y bollo de queso. Tenía la comida empacada en portacomidas plásticos y bolsas, y en la licuadora había puesto fruta para licuar el jugo. Lo miró y notó que estaba flaco. Manuel era un hombre fuerte, de piel morena, con el rostro duro, una barba despoblada y descuida, y con unas entradas que se asemejaban más a la calvicie.

—Estoy haciendo comida para el viaje.

—¿Cuál viaje?

—No te hagas el pendejo, Manuel. El viaje que nos toca hacer si es cierto que estoy en esa lista.

—Pilar, aquí ya está el ejército, no te va a pasar nada.

Ella se quedó mirando por la ventana del lavaplatos y suspiró.

—Manuel, el ejército y esta gente son la misma cosa. Hoy están aquí matándose y después se van y nos dejan el problema. Toda la gente de las veredas está aquí muerta de miedo por lo que les han hecho los unos, los otros y ahora los militares. Si nos quieren matar, nos matan, mira lo que le hicieron a tu amigo. Mejor recoge lo que puedas y buscamos cómo irnos de una vez.

Manuel pensó en Rubén y en el muchacho, qué va a pasar con ellos

si nos vamos, quién va a mostrar el matorral. Se fue a su cuarto y se vistió, mañana nos vemos papá, pensó mientras se lavaba los dientes. Mañana nos vemos. Cuando volvió a la cocina, Pilar ya había guardado la comida y se estaba quitando el delantal.

—¿A dónde vas? —preguntó ella.

—Al río.

—¿Qué vas a hacer al río?

—A buscar algo.

—Manuel, tenemos que irnos.

Él no respondió más. Salió, cerró la puerta y caminó en dirección a la tienda de Fabio. En la madrugada había llegado más gente de las veredas, así que las calles estaban llenas de personas con trasteos, con animales y muchachitos jugando. La tienda estaba cerrada, pero Fabio estaba asomado por una ventana detrás de la reja.

—¡Manuel! —dijo al verlo—¡Vete! Tienen que irse, Manuel. Esto está muy mal aquí. Nos dan 48 horas.

—¿Qué? —preguntó.

Fabio le entregó el panfleto que estaba rodando:

AUTODEFENSAS GAITANISTAS DE COLOMBIA. Por una Colombia madre patria para todos. Comunicado a la opinión pública. Las Autodefensas Gaitanistas de Colombia enviamos un saludo a toda la opinión pública en este y todos los municipios de la subregión, y a su vez hacemos un llamado a las mal llamadas organizaciones de derechos humanos que escudan a los terroristas de la guerrilla que siguen atentando la tranquilidad de la región. Rechazamos el apoyo que se le brindan a estas mal llamadas organizaciones de derechos humanos que solo meten las manos por delincuentes y son enemigos de la paz. Es por ello que declaramos objetivo militar a estas organizaciones y todos sus miembros, a quienes culpamos de la actual situación de enfrentamientos y de muerte de nuestros compañeros. Por esta razón, a

partir de la fecha en que se conoce este comunicado, se declara objetivo militar a las organizaciones ASOMINA, DERECHOS CAMPESINOS, FEDE—RÍO Y JUNTAS DE ACCIÓN COMUNAL. Y a los mal llamados líderes RAMÓN DURANGO, MARIA SOCORRO BETANCUR, JUDITH OSPINA, PILAR CANO, JOSÉ ALARCÓN, LILIANA PÁEZ, BEATRIZ HENAO, LEÓN GONZÁLEZ, FABIO RAMÍREZ, GEORINA MAZO, por la complicidad que han tenido en la coyuntura actual y por suministrar información y ayuda a los terroristas. Las Autodefensas Gaitanistas de Colombia actuamos en respeto por la vida y damos un plazo de 48 horas para abandonar el territorio, o de lo contrario actuaremos de manera contundente. Bloque Roberto Vargas Gutiérrez, frente Yelso Leudo Chaverra. AGC.

Manuel volvió a leer con un temblor en las manos. Pilar, Pilar, pensó,

¡Por qué Pilar! Fabio tenía los ojos rojos y unas ojeras de noches sin dormir.

—Yo me voy para Caucasia donde una hermana —dijo—. Yo no entiendo por qué a mí, yo nunca he ayudado a ningún terrorista. ¿Qué va a pasar con mi negocio, Manuel? ¡Váyase hoy mismo, mijo! Porque esa gente cumple esas amenazas.

—¡Vete! —dijo Manuel—. Vete a donde tu hermana; nosotros también nos vamos.

Se guardó el panfleto en el bolsillo del pantalón, angustiado. Si bien a él también le tocó estar ahí en el tiempo de los antiguos paramilitares, nunca una amenaza se dirigió contra ellos; por eso sintió miedo de que pudieran ir por su mujer como lo hicieron con Alejandro y muchos otros desde esa noche. ¿Y el muchacho?, pensó. Nadie va a venir a buscarlo; y así, casi sin reflexionar, se fue corriendo al puerto de los pescadores y desamarró la chalupa de Juan Carlos. No se quedó demasiado tiempo hablando con quienes querían saber sobre el panfleto, pues le interesaba saber qué pasó con el matorral, si la familia habría venido a buscar al muchacho, así que remó río arriba observando los movimientos de otras chalupas o a quién pudiera estar mirándolo desde las orillas, pensando en Pilar y en el muchacho, en Fabio y en Rubén, en la

casa que se iba a quedar sola, en el restaurante, en esa ciudad enorme a la que irían a parar sin saber ni cómo llegar, en su pueblo, en el puesto de la empresa que nunca llegó, en esas ganas de gritar que casi siempre tenía, en el miedo que cargaba en ese instante.

Lo primero que notó fue que el camino de rocas que marcó Enrique ya no estaba. En su lugar había estibas de madera sobre las que pusieron, una sobre otra, canecas de combustible para las lanchas. Al fondo vio que habían cortado el matorral y habían puesto mucho más combustible sobre la tumba del muchacho. Así no lo van a encontrar, pensó, y amarró la chalupa de una piedra para acercarse caminando. Observó que habían ordenado material de construcción y herramientas, cajas de madera apiladas y más al fondo un campamento construido con palos y plásticos. La tumba estaba perdida debajo de muchas cosas muy pesadas y sería muy difícil recuperarlo, ¡maldita sea!, pensó, y se acordó del rostro del afiche y ya no era capaz de diferenciarlo del recuerdo de su hijo. ¡Maldita sea!, pensó de nuevo, y recordó a Enrique, ¡Enrique!, me olvidé de él, ¿dónde estará? En eso pensaba cuando sintió el estrujón y el golpe en la cabeza que lo dejó desubicado, dando tumbos que lo mandaron al suelo. No vio al hombre que se acercó y que con toda su fuerza descargó la culata de un rifle sobre su cabeza, en medio de insultos, ¡qué se te perdió hijueputa! ¡Qué estás buscando maricón! ¡Eras vos el que tenía el culiadero aquí! ¡Maricón de mierda! ¡Andate! ¡Te vas hijueputa si no querés que te reviente aquí mismo y te tire al río!, le dijo empujándolo hacia la chalupa, y así, desubicado y asustado, con ganas de llorar, empezó a remar hacia el pueblo mirando para atrás por momentos, pensando en el muchacho y en Rubén, mañana nos vemos papá, y se tocaba la cabeza y se limpiaba la sangre con la camisa. Mañana nos vemos, papá, mañana nos vemos, y antes de llegar al puerto de los pescadores para amarrar la chalupa cogió agua del río y se lavó la sangre de la frente; mañana nos vemos, papá; se imaginó que quien estaba parado en el puerto voleándole la mano era Rubén que había vuelto, pero no, era Enrique que lo recibió y él mismo amarró la chalupa y lo ayudó a bajarse, y le dijo que sí, que mañana se veían, y lo sacó de ahí arrastrado, lo abrazó y le dio golpecitos en la espalda para que llorara y se sacara el nudo, kike, que me devuelvan a mi niño, kike, me lo mataron, me lo mataron, Kike, que me digan esos hijueputas dónde está, Kike, mi Kike, mañana nos vemos papá, eso me dijo, Kike, mañana nos vemos papá.



En la entrada de Caucasia estaba lloviendo. Saliendo del pueblo ya las nubes estaban oscuras y el viento fuerte, por lo que la planicie estaba fresca, con los árboles ocupados por garzas que volaban por el paso del bus. En un tramo en el que pararon para subir el equipaje de un viajero, Enrique vio un Martín pescador posado en un alambre de luz y le dieron ganas de mostrárselo a Manuel, pero no quiso despertarlo. Venía dormido en el hombro de Pilar que miraba por la ventana a un punto fijo en el horizonte, donde el sol ya se estaba ocultando, evadiendo las nubes que se cerraban, y dejando ver un anaranjado poderoso.

—¿Estará soñando? —pensó Pilar mientras veía cómo un león se iba desvaneciendo en el cielo y se convertía en un niño corriendo y después en una línea gris que se sumaba a las otras nubes que amenazaban con reventarse.

Antes de salir del pueblo, Pilar le pidió a la señora que le ayudaba en el restaurante que no lo cerrara, que buscara quién la acompañara y siguiera ahí hasta que pudiera; a fin de cuentas, el restaurante no era más que un quiosco de tablas en el que paraban a comer los camioneros y algunos trabajadores

de la empresa o gente que pasaba. Le dejó el dinero para pagar la luz y el agua y un poco más para el surtido, pero sería la última vez. Enrique, por su parte, ya no quiso quedarse en un lugar sin la tienda de Fabio y sin sus amigos de ajedrez. Empacó algunas cosas y entregó el cuarto con todos sus libros adentro; eran demasiado equipaje para la travesía. No trajo el tablero, lo había dejado donde Fabio, y cuando fue a buscarlo ya él se había ido y todo estaba cerrado. Se acordó también, ya pasando por Caucasia en un aguacero, que dejó los borradores de su legendaria carta y del poemario metidos entre un libro de Borges, lástima con él, pensó, y se revisó el bolsillo del pantalón donde tenía los cigarrillos, el tiquete del bus y unos papeles en los que escribió algunos garabatos. Manuel se despertó subiendo a Belmira y Pilar le estaba acariciando la barba.

—Ya estamos subiendo el alto —le dijo, y él volvió a recostarse.

Había soñado que Pilar cocinaba un guiso de carne con arroz y que él había conseguido un racimo de corozos para el jugo. En el sueño estaban solos ellos dos y ella cocinaba en una cocina de leña donde había mucho humo y olía bien. Cuando el bus paró en Los Llanos y la mayoría de la gente se bajó a comer, ellos tres se quedaron sentados. Manuel vio que Enrique rebuscaba en sus bolsillos, pero no le alcanzaba para comprar nada. Entonces Pilar se movió y abrió el bolso en el que llevaba la comida que hizo en la mañana; compartieron en unos platos plásticos que también llevó y comieron en silencio. Cuando acabaron, volvió a meter la mano en el bolso y sacó una bolsa plástica llena de empanadas de papa y un frasquito de ají.

—Las empanadas mitológicas —dijo Enrique, y se rieron.

—Dame la receta, a ver si algún día las hago.

Pilar lo miró y sonrió, incrédula.

—¿Seguro que las vas a hacer? —preguntó, y él asintió con la cabeza.

—Compra maíz trillao' amarillo —dijo, y él sacó sus papeles junto con un lapicero que llevaba en el bolsillo de la camisa y empezó a escribir—. Lo cocinas en una olla a presión, que pite cinco minutos y que coja bien el vapor.

Desde que empieza la olla a sonar, lo dejas cinco minutos. Apagas y le botas el aire, sin destaparla. Lo muelas frío; no le vayas a echar agua fría porque se te vinagra. A la masa le pones un poquito de sal, hagamos de cuenta que vas a hacer un kilo de maíz, le pones una cucharada de sal, una cucharada de fécula de maíz, una cucharada de almidón y un poquito de aceite, y amasas mucho. Ah, y unas gotitas de limón para que cuando las frites queden tostaditas. La papa la cocinas. Cocina tres kilos de papa por kilo de maíz. Las cocinas, las papas, que pite la olla dos minutos, más o menos, depende del tamaño de las papas. Las cocinas con sal y unas gotas de aceite. No la destapes ni le saques el aire, ella lo bota sola. Tampoco las desmenuces calientes; déjalas reposar solas. Para la carne compra sabaleta y no la pites; la haces sofrita y la muelas en máquina o en picadora. No es cocinada sino sofrita con un poquito de cebolla y la dejas ahí.

El guiso lo haces con cebolla de rama picada pequeñita, cebolla blanca de huevo ralladita. Sofríes la cebolla y después le echas el tomate rallado. Se sazona más la cebolla que el tomate, por eso le echas el tomate después y lo acabas de sazonar con sal, colorcito y caldo de gallina. Ya cuando está el guiso, mezclas la papa y la carne.

Para freírlas las metes en el aceite muy caliente; no las revuelvas. A los cinco minutos las volteas y las dejas cuatro minutos después por el otro lado. Todo en el aceite a temperatura alta. Eso quiere decir que en nueve minutos están doraditas, pero no las puedes revolver, porque si las revuelves se hace un revoltijo ahí, te quedan blanditas, no te tuestan. Así de fácil es hacer estas las empanadas.

En Medellín no llovía. Al llegar a la estación del metro algunas personas se bajaron. Los tres estaban dormidos cuando el ayudante del bus informó que iban a tomar la autopista paralela, porque era más rápido. Cuando se bajaron del bus, Enrique le entregó al ayudante los papeles que llevaba en el bolsillo, pues en lo oscuro no supo cuál de todos era el tiquete. El tipo se los metió al bolsillo sin revisar. Uno de los hermanos de Enrique los estaba esperando en la terminal del norte. En el momento en que lo llamó a contarle la historia, le pidió que no hiciera preguntas, que solo era un favor, pero al

verlos le dio un abrazo a Enrique, uno a Pilar y un apretón efusivo a Manuel.

—Lo siento mucho... este país —dijo, y Pilar notó que había llorado.

Enrique hizo un par de chistes sobre su hermano el sentimental y caminaron buscando el carro. Ya lejos, llegando a la casa, Enrique se acordó de los garabatos del papel que le entregó al ayudante del bus junto con el tiquete y se lamentó, pues pensó que podrían llegar a ser un buen poema. Ojalá lo lea, dijo entre dientes, pero nadie lo escuchó porque su hermano manejaba y los demás dormían.

Esa noche en la terminal de transporte había mucha gente, tal vez porque el fin de semana era festivo. Camino al carro, Manuel sintió que un taxista, que ofrecía su servicio, se le parecía a Fabio y una vendedora de minutos de celular le recordó a Wendy.

—¡Qué tontería! —pensó, y se quedó mirando al niño de la maleta de colores que tenía la sonrisa como la de Rubén en una foto en la que estaba metido en una cubeta con agua, y que él dejó olvidada en el espejo del tocador.

Epílogo

Un día un hombre que iba a abrir una panadería en el centro se encontró un cartel que tenía el rostro de un hombre joven, negro, con el siguiente mensaje: Él es Jhon Didier Mosquera, de 22 años. Su cuerpo fue rescatado del río Cauca y sepultado en tal lugar, donde hoy almacenan canecas de gasolina. Búsquenlo, recupérenlo y devuélvanselo a su madre que contesta en tal teléfono. Después había un mapa que parecía dibujado por un niño. El hombre tomó una foto con su celular y se lo envió a otros, como también lo hizo una mujer en Laureles y otra cerca del Cementerio Universal, un chico en la Universidad de Antioquia, y otro, y otra, y otra, y uno más, y otro, y otros más, y uno más... y otro.

Epílogo segundo

La mujer estaba separando la ropa antes de encender la lavadora. Según el mecánico, la máquina ya no tendría por qué botar el agua por debajo, pero ella tenía cierta desconfianza, pues era la segunda vez que compraban el repuesto. En su día de descanso, el marido había ido al centro a buscar el punto de venta de Haceb para comprar él mismo el repuesto nuevo y original, por lo que tenía la certeza de que esta vez le darían un par de años más de vida. Sin embargo, ella dijo en varias oportunidades que no serviría, como dijo con el televisor al que tanto le insistieron, o como dijo con tantas otras cosas con las que tuvo siempre la razón.

En un lado puso los pantalones negros del trabajo de su marido y los jeans del hijo; al otro la ropa de color, y junto a esta las camisas blancas de Coonorte. Movié el aparato de un lado al otro esperando que dejara salir agua, pero no apareció la huella húmeda que ella temía. Era una máquina vieja que heredó de su suegra y que funcionó muy bien los primeros años, pero ya no pasaba un mes sin que hubiera que llamar al tipo del servicio técnico, que cada vez se le parecía más a un estafador. Hizo algunas cuentas: si la próxima semana terminaran de pagar la cuota del televisor, si tal vez dejaran de comer en la calle, si dejaran de hacer chances y loterías, podrían usar el mismo crédito para comprar una nueva y dejar de estar luchando con una lavadora que ya no quiere funcionar.

Pensaba en eso mientras revisaba los bolsillos de los pantalones antes de meterlos a lavar, como hacía siempre, buscando algún billete que su marido hubiera dejado y que, como un premio, ella pudiera quedarse. Solo en uno encontró un billete de cinco mil pesos. En los demás había papeles, tiquetes de bus pagados y chances viejos que no ganaron el premio. En uno de los pantalones, el que tenía el billete, también había un confite de Halls rojo que ella destapó y se metió en la boca; también había un tiquete envuelto en otros papeles llenos de garabatos, escritos con una letra diferente a la de su marido. Los puso en el lavadero y terminó de disponer la ropa dentro de la lavadora.

Una de las recomendaciones que les dio el mecánico fue que no usaran más jabón en polvo, porque este dañaba los filtros, los cristalizaba, y eso dañaba todo el sistema de la máquina, por lo que ella había comprado un detergente líquido que le recomendó su suegra, pero que a ella no le gustaba, pues olía muy fuerte y esos olores le alborotaban la migraña. Aun así, le puso el detergente a la ropa y encendió la lavadora, que comenzó su ciclo sin problema, salvo el ruido de máquina vieja que ella ya conocía.

Mientras ordenaba el patio de ropas vio los papeles que había puesto en el lavadero. Los desenvolvió y vio un tiquete de Coonorte que decía Ne-chí—Medellín, puesto 16B, Enrique Escobar. Sabrá dios quién es ese señor, pensó. Los otros eran notas, una receta de empanadas, direcciones, teléfonos. Un papel pequeño, que también estaba en el paquete, tenía un texto que la atrajo:

En este enorme campo, donde hace años los unos y los otros se mataron entre sí, se vengaron y volvieron a ofenderse; donde un día, acabada la guerra, crecieron flores y los bichos hicieron sus nidos, para que nuevas guerras se dieran y volvieran a matarse los unos y los otros, e hicieran la paz nuevamente y crecieran otra vez flores, tupillos y ramales, y volvieran los venados y los tigres, allí en ese campo, quiero hacer mi casa para llevarte; para que solo pueda ser un campo con flores, con venados, tupillos, con algunos bichos y algún tigre... nada más.

Cuando se guardó el papel pequeño en el bolsillo sintió los pies mojados. El piso estaba inundado otra vez por el agua de la lavadora. ¡Maldita sea!, pensó. Apagó la máquina y cogió el celular para llamar al mecánico, pero no contestaba. Pensó en una casa en un campo lleno de bichos y en un venado. ¿Por qué un tigre por aquí?, susurró mientras buscaba, presurosa, un cepillo para detener el agua que amenazaba con llegar hasta la sala. No le insistió más al hombre. Si yo viviera en una casa así, pensó, preferiría lavar a mano. Tiró los demás papeles a la basura y siguió escurriendo el agua que ya casi inundaba la sala.

Mañana nos vemos



Posfacio

Vi a Pilar y a Manuel muchas veces durante mis visitas de campo al Bajo Cauca. Los vi pasar por la calle, pescando en el río o por una pequeña ventana por la que se podía ver el interior de una cocina. También los veía barequeando, vendiendo cosas en una carreta arrastrada por una moto, jalando a un niño hacia la escuela y, sobre todo, luchando. Y es que Pilar y Manuel son dos personas que están en cualquier parte buscando cómo sostener la vida, amando en los momentos en los que pueden, resistiendo un poco a ciertas opresiones que supone existir en un territorio de brecha. A veces pienso que todos los que vivimos en esas brechas somos como ellos: los que esperamos un trabajo que no hallamos, los que buscamos una respuesta, los que resistimos al poder desde nuestra cotidianidad.

Sin embargo, hay otras Pilares y otros Manueles que tienen menos ventajas; que viven racializados, precarizados y clasificados, y todo esto sumado a la construcción de unas diferencias, es decir, unas elaboraciones del otro, de otro pobre, negro, indígena, migrante, que además vive en una zona roja, de violencia, que desde nuestros centros metropolitanos vemos como espacios peligrosos: espacios salvajes. De ahí que muchas veces los relacionemos con brujería, con la guerra, con superstición, con la muerte y con el deterioro de los recursos naturales. Con esos pesos semánticos cargan Pilar y Manuel, además de todas las personas que hacen sus vidas y construyen territorialidad en esos espacios.

Sin embargo, eso que llamo pesos semánticos no es natural ni casual. Se trata de una política planificada o, mejor, una biopolítica, que se ejerce sobre cuerpos, modos de vida y territorios, sobre la vida, siempre asociada con estructuras de control que buscan el acceso directo a los recursos naturales, porque los territorios como el Bajo Cauca están cargados de estos, riquezas para el gran capital, que al final no son más que una gran maldición para sus habitantes: la maldición de los recursos naturales, por lo que las vidas de la gente que construye territorio están siempre vigiladas, controladas y al

borde, sometidas al embrujo del capitalismo por el que el territorio es ocupado por colonos, empresas, grupos armados y multinacionales que reclaman como propios los derechos sobre el río, las montañas y los bosques. Manuel y Pilar hacen parte de este flujo de sentido.

Ahora bien, unas líneas atrás dije que estas biopolíticas se ejercen sobre los cuerpos, y es cierto. El territorio en el que viven Manuel y Pilar, y otros tantos Manueles y Pilares, es vigilado, controlado y violentado. Estas vigilancias y controles también se ejercen sobre los cuerpos en tanto que son territorios, por lo que también se convierten en espacios de disputa sobre los que se sedimentan múltiples formas de violencia, pero en los que florecen expresiones de resistencia, como es natural.

Por un lado, el peso semántico de lo negro, lo indio, lo pobre, lo migrante, etcétera, lleva a estos cuerpos a unos extremos en los que pierden sus cualidades humanas. El negro es asociado con la criminalidad y la violencia, el indio con la pereza y lo salvaje, el pobre con lo desechable, el migrante con lo monstruo y lo raro; habitan un espacio de sentido en el que lo humano se separa, es decir, la condición humana, que está asociada con lo civilizado, lo metropolitano y lo cultural. Por lo que, en tanto salvajes, incultos, desechables, brujas, pobres, violentos, extranjeros, en fin, son cuerpos sin humus sobre los que se podría depositar cualquier violencia, control o vigilancia: cuerpos para la muerte o cuerpos de grava. Esta última idea parte de la minería de chorro en la que el minero lanza chorros de agua contra la montaña, separando el humus del suelo y dejando así montículos de grava inservible y sin valor. La metáfora explica por qué los territorios de brecha son golpeados por la masacre, la muerte, la desaparición forzada y otros vejámenes, pues son cuerpos sobre los que se ejercen todas estas violencias, ya que son simples gravas, desechos sociales, cuerpos-muerte.

En este sentido, ver a Pilar y a Manuel en todas partes no fue tan difícil para mí. Cuando volvía a mi casa y descargaba las fotos de la cámara, me encontraba, de nuevo, a una Pilar cargando una batea o cocinando en su cocina de tablas, mirándome con una profundidad que me cuesta comprender. La

veía abrazando a su hijo, cargando a un bebé, junto a sus hermanos, parada junto a su marido. A Manuel lo encontraba en su hamaca, paleando, tejiendo una red para la pesca, con una manguera que lanza un chorro de agua, sonriendo por una pelusita de oro que quedaba en el canal. Me los encontraba resistiendo desde sus vidas cotidianas y en sus juntanzas, persistiendo al silencio y al silenciamiento, a los racismos, al olvido estatal planificado, al destierro, a la desaparición de sus seres más queridos... a la muerte; interpelándome, mostrándome que no son, de ninguna manera, víctimas inertes. Cuando miro esas fotos, las de mineros, campesinas, cantadoras, pescadores, comprendo que se trata de persistencias por la vida, bioresistencias en sus dinámicas cotidianas que les permiten sobrellevar y contrarrestar el miedo. Porque ningún poder, por más violento, simbólico o sanguinario que pueda llegar a ser, se ejerce sobre cuerpos inertes o incapaces de persistir.

Este trabajo mío, entonces, metropolitano si se quiere, desde lejos, intenta ser un aporte a esas resistencias que también son mías como hombre negro y trabajador. No buscan reivindicar ni aleccionar, pero sí indicar, pues esta es una de las funciones del arte que va más allá de la estética: llegar hasta el borde y señalar el abismo. Manuel, Pilar, el vacío que dejó Rubén y todas las demás subjetividades están en las páginas de esta novela, sí, pero caminan por ahí en las calles o en los caminos del Bajo Cauca, cerca al río, incluso en Medellín y sus periferias, o en las de cualquier ciudad, buscándose la forma de sobrellevar la vida, buscando a sus desaparecidos, amándose cuando sea posible, guardando y compartiendo saberes, en fin..., persistiendo.

César Meneses j.



Las mujeres que ejercen la minería en el territorio lideran procesos de apropiación del espacio, en disputa con las maquinarias de la industria minera y con las estructuras patriarcales que les prohíben el trabajo.



El papel de las mujeres en la construcción de la territorialidad es fundamental en Villa Grande. Ellas participan activamente desde sus liderazgos y sus luchas personales y colectivas.



En Villa Grande, el consejo comunal afro en El Bagre, la territorialidad se construye desde una apropiación identitaria afro.



Ser mujer en el Bajo Cauca antioqueño supone una potencia que se manifiesta en las diversas formas de la resistencia.



Las personas en las comunidades siguen resistiendo a los procesos de desigualdad, precarización y racialización desde las dinámicas cotidianas de la vida.



La presencia permanente de actores armados en el territorio del Bajo Cauca repercute en los estilos de vida y en las formas de entender el territorio. Biopolíticas y necropolíticas que se ejercen sobre los cuerpos, las vidas diversas y la naturaleza.



Fotografía 01



Fotografía 01



Fotografía 01

Mañana nos vemos narra la vida de Pilar y Manuel, una pareja atravesada por la desaparición de su hijo adolescente en un pueblo marcado por la violencia. Mientras Pilar se aferra a la búsqueda incansable junto a otras mujeres que comparten su dolor, Manuel intenta sostener la vida cotidiana entre trabajos precarios, amistades y silencios que pesan. En un entorno donde la ausencia y la incertidumbre se vuelven parte del día a día, la novela explora el duelo sin cierre, la dignidad de quienes buscan y las múltiples formas de resistir al olvido.

Museo Casa de la Memoria

Entrada libre. Calle 51 #36-66,
parque Bicentenario, Medellín, Colombia.

Horarios: martes a viernes: de 9:00 a. m. a 6:00 p. m.
Sábados, domingos y festivos: de 10:00 a. m. a 4:00 p. m.

www.museocasadelamemoria.gov.co

